

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID,
LLEVADO A DOMICILIO.

Tres meses. 8 reales.
Seis meses. 15 »
Un año. 28 »

Se suscribe en Madrid en la administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 11.
En Provincias en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,
FRANCO DE PORTE.

Tres meses. 12 reales.
Seis meses. 21 »
Un año. 38 »



— ¡Infame! esclamo Felipe desvainando su spada.... (pág. 215, columna 2.ª).

LOS AMORES MORTALES

POR

MR. ADRIEN ROBERT

TRADUCCION DE

D. J. F. SAENZ DE URRACA.

(Continuacion.— Véase el num. 13).

Karl se descubrió respetuosamente, y se apresuró á acercarle un sillón.

— ¿Me perdonais que venga á sorprenderos? dijo tendiéndole de nuevo la mano.

— ¡Perdonaros! exclamó el pintor con vehemencia, cuando me di pensais una honra tan grande, cuando me dais una prueba tan preciosa de interés!

— Querido Karl, dijo la princesa, os ruego que dejemos todos esos cumplimientos lisonjeros, propios de la corte; no soy, ni quiero ser, aquí mas que vuestra discipula, vuestra amiga. Me hablabais con frecuencia, y con tal entusias-

mo de vuestro último cuadro, habeis despertado mi curiosidad; en fin, en tan alto grado, que no me he podido resistir al deseo de conocer esa obra maestra.

El pintor dirigió una mirada pesadosa á la ventana, que ya no alumbraba al cuadro mas que con una luz opaca y débil.

— ¡Ay Dios! dijo suspirando, ahora solo podréis juzgar la composición, porque la luz y las sombras se funden en una sola tinta.

La princesa se levantó, y despues de algunos segundos de muda contemplacion, preguntó:

— ¿Cuánto me habeis dicho que os ofrecia el baron de Brucknaer por ese lienzo?

— Mil ducados, señora.

— ¿Y se le habeis vendido?

— Todavía no.

— Pues bien, concluidle pronto para mí, y os lo compro por doble precio. Quiero que el duque de Tell, mi padre, tenga en su galeria una obra de mí que ido maestro. ¡Oh! allí estaréis en buena sociedad.

— Demasiado buena, sin duda alguna, para un pintor tan poco ilustre como yo.

— Vamos, nada de falsa modestia; tenéis bastante talento, juventud y valor para llevar muy bien el apellido de Brawer.

Mientras Sofia hablaba así, habia vuelto á bajar hacia el extremo del estudio, y miraba con aire distraido á las panopias y los objetos de arte que adornaban las paredes. Al fin se detuvo delante de un paisaje pequeño que representaba una vista de Luneburgo.

— ¡Luneburgo! dijo con voz dulce y resignada; si, hé ahí vuestros antiguos muros de ladrillo, vuestros hermosos campanarios y el castillo ducal con sus ventanas empizadas con yedra. Estancia querida, en donde tan serenas y venturosas trascurrian las horas; ahora estas solitaria y muda; y vosotras, Magdalena y Bertilda, mis risueñas compañeras; cuando pasais por debajo de esas ventanas cerradas, ya no leva dais la cabeza para ver si una mano amiga dejará caer una flor para vuestra corona; pasais si enciosas y tristes, como se pasa por la noche junto á unas

ruinas lóbregas! ¡Sofía de Brunswick, vuestra amiga, vuestra compañera de infancia, es princesa de Hannover!

En aquel momento dió media hora el reloj.
—¿Qué hora acaba de dar? preguntó la joven acercándose con viveza al pintor.

—Las siete y media.

—¡Ya, Dios mío!

Brawer hizo bajar un lámpara de cobre, colgada del techo con un contrapeso, y comenzó á encenderla.

—Vuestro pintor de cámara no tiene servidores á sus órdenes, dijo riendo, y, por lo tanto, se ve precisado á encender él mismo su lámpara, si no quiere dejaros á oscuras.

—Era inútil, amigo mío.

—Lo comprendo, no podeis permanecer aquí mas tiempo; voy á llamar á vuestra servidumbre.

—He venido sola, Karl.

—¡Sola! repitió el pintor sorprendido; pero no podeis pensar en marcharos del mismo modo ahora; os acompañaré.

—Karl, dijo Sofía estrechándole la mano con febril energía, si os hubiese engañado, si no fuese solo por ver ese cuadro por lo que hubiera venido.... Karl, ¿podría contar como siempre con vuestra generosa adhesión, con vuestra fraternal amistad, con vuestra discreción?

—Nunca he hecho juramento, dijo el pintor con voz firme, ¿por qué he de comenzar hoy? Decidme lo que quereis que haga, y si no se ejecutan vuestras órdenes, consistirá en que la empresa sea superior á mis fuerzas, y en que habré muerto sirviéndoos.

—Pues bien, dijo la princesa haciendo un esfuerzo violento sobre si misma, es preciso que me dejes sola aquí durante una hora; y va en ello la vida de un hombre, la pérdida de mi reposo para siempre, mi felicidad para lo porvenir.

—Y á ese hombre es á quien aguardais, ¿no es cierto?

—Sofía hizo una seña muda inclinando la cabeza para ocultar su confusion.

—Entonces, lo que me pedis es imposible, señora.

—¡Imposible! exclamó Sofía.

—Si, repuso Karl, porque nada conozco que sea mas precioso que vuestro honor; no habréis comprado en vano, con largos años de humillación y de sufrimiento, el respeto y la admiración de todos, para aventurar en una hora esa corona gloriosa de mártir. Mirad, creedme, señora, partid, huid de esta casa como si el fuego del cielo se hallase próximo á devorarla. No puedo explicaros ahora el peligro que os amenaza, ni los lazos infames en que intentan haceros caer; pero ¡por compasión hacia vos misma, señora, partid, partid!

—Pero ese peligro que os aterra, será mas amenazador mañana, porque el príncipe se hallará de regreso, y Mr. de Koenigsmark, á quien he escrito que venga aquí esta noche para suplicarle que se marche para siempre de Hannover, no podrá verme ni hablarme. Bernardo, á quien estoy aguardando hace dos dias....

—¿Bernardo!.... ¿Era á Bernardo á quien habiais enviado á buscar al conde?

—Sí, y no acierto á explicarme su retraso.

—Bernardo fué asesinado en el camino de Halberslady: su cadáver apareció esta mañana en la compuerta del caz del molino.

Un grito de terror se exhaló de los labios de Sofía, y fué á caer en un sillón tapándose la cara con ambas manos.

V.

LA LETRA MATA, EL ESPÍRITU VIVIFICA.

El conde Felipe de Koenigsmark, con el traje empolvado y las facciones alteradas por el sufrimiento y el cansancio, apareció en el mismo instante en la puerta del estudio.

Los dos hombres se estrecharon la mano sin decirse una palabra.

Karl pareció que vacilaba para adoptar una resolución.

—Quedaos, Karl, lo exijo, dijo Sofía con voz suplicante.

—No, dijo el pintor con triste sonrisa, el peligro no está aquí, sino fuera.

Y se alejó con rapidez.

El conde se había parado á tres pasos de Sofía, y observaba con inquieta atención la expresión de terror que se reflejaba en su dulce semblante.

—Me habeis escrito que venga, dijo por fin, héme aquí, señora; ¿qué teneis que mandar á quien fué vuestro mejor amigo, á vuestro servidor mas adicto?

Al oír el sonido de aquella voz tan conocida y tan amada en otro tiempo, la princesa se estremeció involuntariamente; pero dominando en el acto esta impresion, se levantó.

—Solo al amigo me dirigiré, dijo tendiéndole la mano.

Felipe se contentó con estrecharla sin llevarsela á los labios.

—Tranquilizaos, señora, y no tembleis así, dijo con una sonrisa afectuosa; el conde de Koenigsmark olvidará al prometido de Luneburgo.

—Cuando entrasteis, señor conde, acababa de saber una noticia siniestra; ¿quien os ha entregado mi carta?

—Un hombre de unos cuarenta años, de estatura elevada y de cabellera canosa: se llamaba Bernardo, segun me dijo.

Las señas del enviado de Sofía, en rigor, podían aplicarse al capitán Bilerdick.

—¿Y no le confiásteis contestación ni carta alguna para mí? preguntó Sofía con angustia.

—Únicamente le dije que obedecería vuestras órdenes.

—Pues bien, dijo Sofía con voz sorda, ese desgraciado ha sido asesinado en el camino despues de separarse de vos.

—Si los miserables que han cometido ese crimen, hubiesen sabido el encargo que llevaba, no hubiera llegado á Halberslady.

—¡Ah! dijo la princesa con desesperación, soy fatal para cuantos me aman!

Esta reflexion que, siendo su pensamiento, se dirigia tan solo al difunto, podia aplicarse tambien al conde.

—Hace siete años no era yo mas que un pobre oficial, sin fortuna y sin nombre; os amé y eso me ha acarreado felicidad, puesto que ahora soy el protegido del rey Carlos XII, coronel de los Drabanes de Suecia, y las balas enemigas me hieren sin causarme la muerte.

—Si, repuso Sofía con acento de convicción; teneis razon, os he procurado ventura, Felipe, porque cuando la voluntad de mi padre nos separó para siempre; cuando todos supieron que la prometida del pobre hidalgo sueco se habia convertido en princesa de Hannover, quisisteis probar á todos que la primera eleccion de Sofía de Tell era digna de ella. Un alma débil, un corazon menos noble, acaso se habria dejado estraviar por el dolor y la cólera, y hubiera buscado el olvido en la embriaguez de una vida disipada, en el escándalo. Vos permanecisteis grande y fuerte. Solo en el mundo, sin esperanza, sin amor, comprendisteis la mision que os estaba reservada. Despues de haber sido amigo del duque de Tell, mi padre, llegasteis á ser amigo de un rey. Solo erais simple oficial al salir de Hannover; regresasteis con un título y un grado, que inspiran envidia á los mas nobles y valientes.

Solo debiais vuestra sangre á vuestra patria, y la disteis generosamente por aquel á quien podiais aborrecer. Me deciais hace un momento, que el conde de Koenigsmark habia olvidado al prometido de Luneburgo; la princesa de Hannover se acuerda, no de su amigo de infancia, sino del soldado de Carlos XII, del héroe de Debreczin. Gracias, Felipe, gracias por mí y por la sociedad, que nos juzgará algun dia; pero ahora habeis cumplido ya vuestra mision. Soy feliz y me envenezco al ver á un general que le trae un ejército triunfante; dejadme, pues, esa alegría, ese consuelo en mi soledad. Regresad á Suecia, hermano mío; continuad en un pais amigo vuestra obra gloriosa; allí, al menos, si caeis herido en un

campo de batalla, la muerte procederá de las filas enemigas, y entonces no tendré que avergonzarme del hombre cuyo apellido llevo. Felipe, ¡acordaos de la trinchera de Debreczin, huid sin mirar detras de vos, como los elegidos de Dios huian de las ciudades devoradas por el fuego del cielo!

Hubo un momento de silencio.

—Lo que me estais diciendo es imposible, señora, repuso el conde con una especie de resignación inspirada: un soldado no puede romper su espada cuando aun se esta oyendo el estampido del cañon. Mi vida pertenece á quien quiera tomarla; hace ya mucho tiempo que estoy resuelto á ofrecer el sacrificio de ella; ya sea que me maten aquí ó en Finlandia, en donde se estan batiendo en este momento, me importa muy poco.

—Pues bien, repuso Sofía con acento suplicante, si no es por vos, hacedlo por mí: vuestra presencia aquí es un manantial inagotable de pesares, un remordimiento vivo; partid, Felipe, os lo suplico encarecidamente.

—No os haceis justicia, señora, si el mundo, harto indulgente para mí, me atribuye un alma fuerte y resuelta, reconoce altamente que sois digna de su respeto y su admiración; que el deber es una religion para vos, y que como mujer sois tan sumisa á la voluntad de vuestro marido, como esclava erais de la ambición de vuestro padre, cuando soltera.

—Si, dijo Sofía animándose gradualmente, el deber: ¡cuantas cosas encierra esa palabra tan corta, serena y fria como la ley! El deber: ¡él fué el que me obligó á someterme á las órdenes de un padre; el deber entonces se llamaba obediencia! El deber: ¡él era el que me inspiraba al pronto la estimación y el cariño hacia aquel cuyo apellido llevo! Tambien era el deber el que me inspiraba la paciencia y la resignación cuando Jorge, arrojando la máscara de la hipocresía y la mentira, me daba á conocer su odio en una sonrisa. Pero hay para la mujer, para la esposa, otra palabra que encierra todas esas virtudes, una palabra que es como el libro de nuestra vida: ¡el amor! ¡Ayud, el mundo nada tiene que hacer con mi obediencia y mi resignación: lo que me pide es amor para mi marido. Hay mujeres cuyo corazon de mármol nunca se ha sentido animado por el soplo de una pasión; para con esas se contentan con una apariencia de cariño.... ¡Pero yo que he querido morir por vos, yo que llevo impresa en mi rostro una palidez indeleble causada por el veneno, saben que puedo amar y quieren que ame!

—¡Realidad implacable! murmuró Felipe con desesperación. ¡Y yo que la acusaba, yo, el amante de Andrea! ¡Ah! era indigno de ella!

—Un abismo nos separa, continuó Sofía; sin embargo, á los ojos de todos, una cadena misteriosa nos une eternamente el uno al otro. La desesperación ha marcado mi frente con su sello. Vuestra sangre derramada ha cubierto vuestro rostro con el mismo velo de palidez. Cuando éramos mas jóvenes, solo estábamos unidos por el corazon; ahora son vuestras almas las que al elevarse, se encuentran en el mismo camino. ¡Ya veis que es de absoluta precisión que os marcheis de Hannover, Felipe, si quereis que estas dos almas puedan unirse santamente en la eternidad!

—¡Ah! exclamó Felipe con desesperación, ¿por qué habré venido? ¿Por qué habeis destruido la engañosa ilusión que constituia mi fuerza? ¡Considerandoos feliz, podia aborreceros, olvidaba esas largas noches de insomnio y de desesperación, me mantenía libre! Esa felicidad me desesperaba; queria insultarla con mi perseverancia, con el brillo de mi gloria. ¡Estaba ciego, estaba loco! ¡Desgraciado de mí! habia dudado de vuestro amor!

—Felipe, olvidais que soy mujer de otro hombre....

—¡No quiero recordarlo, exclamó el conde tendiendo hacia ella sus manos suplicantes y cayendo á sus piés! ¡Os amo! no ya como en Luneburgo con un amor de niño: os amo por vuestra angelical belleza, por esa palidez, ópalo precioso que vuestro amor ha puesto en vuestra frente. Os amo por vuestros sufrimientos, por vuestros

tras lágrimas. Pero si Dios ha hecho un milagro; si la muerte se ha apartado de nosotros, era porque el destino nos guardaba esta hora de suprema alegría.

—¡Desgraciado! estais blasfemando! exclamó Sofia fuera de sí, llena de desconsuelo, desembarazándose de entre sus brazos.

—Sí, continuó el conde con una especie de delirio, marcharé á Suecia; pero será para ir á arrojarle á los piés de mi Soberano, y suplicarle como se suplica á un padre, que mi sangre derramada me la pague con un título que me haga igual á Jorge de Hannover. Entonces volveré y ¡desgraciado de él!

—¡Dios mio! suben por esa escalera, dijo Sofia que se habia acercado á la puerta huyendo del conde.

—Sin duda será Karl.

La princesa se precipitó hácia la ventana, y en seguida lanzó un grito de espanto.

—Allí, allí, mirad, dijo con la respiración anhelosa, desesperada, señalándole á la luz de las hachas un grupo de lacayos con la librea del príncipe que estaban parados delante de la casa. ¡Huid, ó me perdeis!

El conde comenzó por echar el cerrojo de la puerta.

—¡Adios, Sofia, adios! exclamó abalanzándose hácia la puerta de la sala baja. Esta casa tiene otra salida y por ella me escaparé.

La puerta cerrada por fuera resistió á todos sus esfuerzos.

—¡Ah! desgraciado de mí! exclamó Felipe lleno de rabia. ¡Esto era un lazo infernal!

—¡Matadme, Felipe, matadme antes de que él entre! exclamó Sofia loca de terror arrojándose en los brazos del conde.

Llamaron con fuerza por la parte de fuera.

—¡Eh! maese Karl Brawer! exclamó Jorge sacudiendo la puerta sobre sus goznes; abridnos que os traigo numerosa concurrencia.

—¡No contesteis, por piedad! dijo Sofia balbuceando y apoyando su mano en los labios del conde.

—¡Ah! maese Karl se hace el sordo! continuó el príncipe. ¡Hola! Hans, Pedro, echad esa puerta abajo.

—¡No sois vos, sino él, quien va á morir! exclamó Koenigsmark precipitándose hácia la carabina, cuya piedra habia quitado Jorge por la mañana.

En aquel momento se abrió la puerta de la sala baja, y Andrea de Ruminghem, palida, pero serena y risueña, cruzó rápidamente el estudio dirigiéndose hácia la puerta principal.

—¿No oís, por ventura, señor conde? dijo en alta voz; S. A. se impacienta.

Descorrió el cerrojo y abrió.

Jorge, en traje de corte, Abrahmsen, que media hora antes se habia presentado en casa del príncipe, y tres gentiles-hombres entraron bruscamente. Sofia, destrozada, anonadada por el terror, habia caído sobre un sillón; en cuanto al conde, permanecía como petrificado por la sorpresa.

Al ver á las dos mujeres, un suspiro que mas bien parecia un rujido ahogado, agitó el pecho de Jorge; pero una sonrisa burlona ardeó en seguida sus labios, y sus mejillas se colorearon levemente.

—¡Su Alteza! dijo la condesa con forzada expresión de alegría; no parece sino que toda la corte se ha citado aquí esta noche! Maese Brawer sentirá en extremo no haber estado en su casa para hacerlos los honores de su galería de pinturas.

—¡Oh! dijo Jorge acercándose á su mujer, maese Brawer tiene aquí una discipula celosa, llena de complacencia y de cariño. ¿Qué quereis, señores? El talento en todo tiempo ha tenido privilegios particulares: Carlos V se bajaba á coger el pincel del Ticiano; el duque de Alba estableció una guardia de honor en la casa de Rubens, mientras sus soldados incendiaban y saqueaban la ciudad de Amberes. Maese Brawer, sin ser el Ticiano ni Rubens, tiene la insigne honra de contar á una princesa de Hannover por cicerone

de sus obras. ¿Llegais ahora de Halbersladt, señor conde? continuó Jorge saludándole.

—Sí, príncipe.

—¿Espresamente para traernos el parte del último combate que sostuvisteis contra los turcos?

—¡Con la lista de los muertos! dijo Koenigsmark con voz sorda.

—Podeis contar con que os escucharémos con el mayor interés, coronel. Hasta mañana.

Felipe se inclinó sin contestar, y dió un paso hácia la puerta.

—Perdonad, señor conde, añadió el príncipe deteniéndole con un ademán, y quitándose la gran cruz del Aguila que llevaba al cuello; como no contaba con vuestro regreso tan próximo, tan inesperado, queria enviaros mañana, con uno de mis ayudantes de campo, esta orden y el despacho de general, honores que son muy merecidos, y que me complazco en conferirlos.

—Soy humilde súbdito del rey Carlos XII, y solo de él puedo aceptar tan altos favores.

—Corriente, participaré vuestros escrúpulos á Carlos de Suecia, y espero que los disipará.

—Es inútil, monseñor, repuso Koenigsmark resueltamente, no pienso permanecer al servicio de Hannover. Mañana marcharé á Stockholm.

—Olvidais que aun no se ha firmado la paz, y solo el consejo de guerra puede decidir si teneis ó no libertad para obrar de ese modo, dijo Jorge, siempre sereno y risueño. No quiero deteneros, coronel. Señores, continuó volviéndose hácia los tres gentiles-hombres que le acompañaban, esperaba presentaros esta noche al autor de todas estas obras maestras; pero maese Karl, segun su costumbre, dormirá sin duda en alguna mesa de taberna. No aguardarémos á que despierte.

Y adelantándose hácia la princesa, que durante toda esta escena habia permanecido inmóvil y muda, con la mirada fija en Andrea, le dijo:

—Estoy á vuestras órdenes, señora, para cuando os plazca regresar á palacio.

Sofia se levantó tambaleándose.

Abrahmsen se inclinó entonces al oído del príncipe, y le dijo á media voz:

—Perdóneme S. A. mi indiscrecion; pero no puedo resistir al deseo que tengo de conocer el nombre de esa hermosa dama que está hablando en este momento con Mr. de Wurgen.

—Es verdad, dijo Jorge con perfecto desembarazo, acabais de llegar y no os hallais al corriente de la crónica de la corte: esa linda dama es la querida de Mr. de Koenigsmark, es la condesa Andrea de Ruminghem.

VI.

EN DONDE MAESE ABRAHMSSEN CONTINÚA SIGUIENDO LA PISTA, MIENTRAS EL CAPITAN ROBERTO BILDERDYCK CAZA LA RES.

Maese Abrahmsen no era un diplomático de la escuela de César Borgia: los medios violentos repugnaban de una manera singular á su carácter benigno, á su astucia y á su perseverancia. El descalabro que sufrió á consecuencia de la abnegación de la condesa de Ruminghem, descalabro que habria desalentado á cualquier otro, no habia mas que fortalecerle en su inalterable resolución. Como un jugador que descuida ciertas casillas para no mover mas que piezas predilectas, Abrahmsen olvidaba la gran política para urdir pequeñas intrigas íntimas, combinaciones sábias y minuciosas, cuya multiplicidad habria aterrado á una memoria menos sólida que la suya. Encontraba un goce singular, desconocido en aquella lucha con Andrea, porque habia comprendido en seguida que era un adversario digno de él. Mlle. de Ruminghem, noble, jóven y hermosa, podia encontrar en su amor inspiraciones atrevidas, en las cuales irian á estrellarse la ciencia mas profunda, la táctica diplomática mas hábil.

No seguirémos todas las fases de este combate, que exigiria un desarrollo harto considerable, y retrasaría la marcha de nuestra acción. Nos contentarémos con resumir los hechos en pocas líneas.

Habian transcurrido dos meses desde la emboscada del taller. El consejo de guerra, reunido al

dia siguiente y presidido por el príncipe Jorge, se habia negado á aceptar la dimision del coronel Koenigsmark, aunque concediéndole un mes de licencia.

Internado Felipe en Hannover, como prisionero de guerra, se habia retirado á una casita de la aldea de Neuslady; en donde vivia en una especie de reclusion, negándose obstinadamente á recibir visitas. Pero como continuaba siendo dueño de disponer de sus suecos, habia hecho en seguida que Arnheitter marchase á Polonia.

Jorge y Abrahmsen sospechaban desde luego que aquel servidor fiel llevaba algun despacho confidencial para Carlos XII, quien entonces estaba batiéndose con el rey Augusto en las orillas del Dwina; pero se habia guardado tal secreto acerca del viaje de Arnheitter, que estaba ya muy lejos cuando pensaron en mandarle perseguir.

Ya hemos dicho que el conde vivia en el aislamiento mas completo; sin embargo, debemos consignar que habia hecho una escepcion en favor de Karl Brawer, quien iba á visitarle con frecuencia en su retiro.

En cuanto á Andrea de Ruminghem, con el corazón destrozado por las palabras que habia oido en casa del pintor, era sobrado orgullosa para ir á pedir una esplicación indigna de ella: la nobleza y la generosidad de su conducta la hacian esperar que el conde procuraria espiar un momento de error con un arrepentimiento sincero, y que iria á implorar su perdón. Habian trascurrido ocho dias, que duraron ocho siglos para la pobre abandonada, y aun no parecia Felipe: olvidando entonces Andrea su primitiva resolución, se dejó guiar tan solo por su amor y por sus celos: en esto era en lo que la aguardaba Abrahmsen.

Felipe de Koenigsmark no habia comprendido al pronto toda la abnegación de su querida; comprendia que habia salvado á su rival; pero este sacrificio podia encubrir una perfidia, una venganza celosa.

El honor de Sofia estaba á salvo.... pero sabia que el hombre que acababa de caer á sus piés, evocando los recuerdos del pasado, jurándole eterno amor, era amante de otra mujer.

Aquel héroe tan lleno de abnegación, dotado de un corazón tan puro, de un alma tan noble, se convertia en un hombre vulgar, esclavo de las pasiones humanas.

Era odioso ó ridiculo: lo primero para con Andrea, lo segundo á los ojos de Sofia.

Felipe aceptó el primer papel, porque se sentia verdaderamente culpable para con una mujer á quien solo podia echar en cara una abnegación admirable, un amor ilimitado. Su conciencia desde luego le gritaba que su ingratitude era una villanía, que su indomable altivez causaria la desgracia de Andrea! ¡Se avergonzaba de sí mismo, tenia miedo á la condesa!

Como ya vivia tan solo para el odio y la venganza, aguardaba con impaciencia á que los sucesos le permitiesen dirigirse al príncipe Jorge, causa primordial de todo su daño.

Aquel momento de crisis fué el que maese Abrahmsen escogió para obrar, porque Andrea podia sacrificar su orgullo á su amor, y arrepentido el conde, y mas enamorado que nunca de su querida, se alejaria entonces con ella, derribando para siempre sus proyectos de ambición.

Era preciso imposibilitar toda reconciliación; era preciso que la indiferencia, la cólera ó el desprecio fuesen á desterrar del corazón de Felipe el recuerdo de Andrea, y que su abandono, justificado á sus propios ojos, trasladase de nuevo á Sofia de Brunswick todo el amor que aun sentia hácia la condesa.

Este resultado tan difícil, tan complicado, le obtuvo Abrahmsen á fuerza de astucia y de paciencia, y los sucesos conspiraron en favor suyo.

Abandonada por Karl, de quien sabia que era el confidente y el amigo de su rival; abandonada por Margarita, quien hallándose casada con el jóven pintor, habia de experimentar la influencia de su marido, Andrea no podia contar ya siquiera con Dietrich, nombrado por la princesa guarda de la casa de reunión de caza, titulada:

Las Armas de Hannover, especie de hostería y relevó posada de perros, situada a una milla de Hannover.

En cuanto al capitán Bilderdyck, su último aliado, preso por orden del príncipe y convicto del asesinato de Bernardo, aguardaba en la fortaleza de Hildesheim la ejecución de la sentencia que le condenaba a la horca.

La condesa comprendió que estaba perdida sin recurso, si no encontraba un medio para obligar al conde a salir de su apatía. Este medio, Abrahamson, cual el ángel malo, se apresuró a inspirarsele.

El semblante bonachón, risueño y cándido de aquel hombre, su lenguaje tan sencillo, tan lleno de dulce compasión, eran muy a propósito para granjearse la confianza de la condesa. Además, Abrahamson no le había ocultado el motivo político de su viaje a Alemania.

Decía que Sofía de Brunswick era un obstáculo para la fortuna de Jorge; era cada vez más peligrosa para el conde de Koenigsmark; quería destrozar aquel obstáculo, anular aquel peligro.

No era una separación lo que buscaba, sino un claustro para la esposa adúltera. Ahora bien; Andrea comprendía que el claustro pondría una barrera insuperable entre su rival y su amante. Abrahamson solo veía una palabra en el programa que se había trazado, y esta sola palabra entregaba a Andrea a merced suya. Mlle. de Ruminghem quería atraer de nuevo al conde a sus pies y perder a su rival; ¿qué medio mejor podía encontrarse que el de excitar los celos de Felipe, granjeándose la confianza y el cariño del príncipe? Esto era tan sencillo y evidente, que la condesa adoptó el proyecto sin cuidarse de las malas consecuencias que podía tener para su reputación, sin reflexionar si la singular adhesión de Abrahamson ocultaba algún intento tenebroso.

Jorge, advertido por nuestro diplomático, representó su papel como un cómico consumado, y Andrea adquirió muy luego una influencia tal en la corte, un dominio tan absoluto en el ánimo del príncipe, que los cortesanos sorprendidos, la saludaron como a una nueva favorita.

Abrahamson había dado un golpe certero: los rumores de la corte llegaron hasta el conde, para noticiarle que la condesa había llegado a ser la querida del príncipe Jorge.

Al pronto se apoderó de Felipe una cólera sorda, porque la soledad, al restituir la tranquilidad a su alma ardiente, le había devuelto también la conciencia y la memoria; pero la vergonzosa realidad debía borrar para siempre este dolor efímero.

Desembarazado Felipe de sus juramentos, sin pesar, sin remordimientos; libre ya en adelante, se rehabilitó a sus propios ojos más enamorado que nunca de Sofía.

Andrea, sola en la corte, ignoraba lo que pasaba en torno suyo, y el lazo infernal en que había caído.

Fuerte con su conciencia y con su amor, no podía suponer que el respeto y la consideración con que la rodeaban, tuviesen otra razón más que un homenaje tributado al bien que ella hacía.

La realidad había de iluminar muy pronto su razón y mostrarle el fondo del abismo en que se había precipitado.

Según hemos dicho, Dietrich había llegado a ser el dueño de las Armas de Hannover, es decir, posadero y guarda de la jauría, y estas funciones parecían que no habían de ser una canonjía, porque en el espacio de quince días, el príncipe Jorge había ido ya dos veces a cazar jabalíes en el bosque de Neusladi.

En la mañana del mismo día en que volvemos a emprender nuestra narración, Jorge había mandado disponer sus preparativos de caza para marchar al salir el sol. Le acompañaban la princesa Sofía, la condesa de Ruminghem, Abrahamson, Mr. de Wurzen y diez gentiles-hombres.

Una colación preparada bajo la dirección de la linda Mme. Brawer, aguardaba a los cazadores en las Armas de Hannover.

Esta hostería, creada por el gran elector, solo se componía de una sala grande en el piso bajo, y de dos habitaciones en el piso principal. La

perrera, las caballerizas y la cocina ocupaban otro edificio situado detrás del principal.

Dietrich y Margarita acababan de disponer los frascos y las fuentes de frutas sobre una de las mesas de la sala grande, cuando uno de los picadores de S. A. llegó a advertirles que iban a llegar los cazadores. Por lo demás, el tío y la sobrina parecían que se cuidaban muy poco de la honra que les dispensaba Jorge. Dietrich, no contando ya con el príncipe, se había prometido tener el gusto de ir a ver aborcar al capitán Bilderdyck, cuya ejecución debía verificarse en aquel mismo día, a las doce, en la plaza del Mercado grande.

La tristeza de Margarita tenía un motivo más interesante: el anciano duque de Tell había caído enfermo de gravedad, y como Jorge negaba obstinadamente a su mujer el permiso para ir a Luneburgo, Sofía hizo marchar a Brawer para conocer con exactitud la situación de su padre.

Karl debía volver en aquella mañana y detenerse en las Armas de Hannover, que estaban en su camino; pero Margarita comprendía perfectamente que la presencia del príncipe iba a estorbar sus desahogos y a entristecer su luna de miel.

Las trompas de caza y los ladridos de una jauría anunciaron al fin que los cazadores se acercaban.

Aun no había transcurrido media hora cuando sonó fuera el galope de los caballos.

Jorge, la princesa y Abrahamson entraron, seguidos por una multitud ruidosa y curiosa de gentiles-hombres, y de labriegos.

El príncipe, con el traje empolvado, y la camisa rota y manchada de barro y de sangre, caminaba con trabajo, apoyándose en el brazo del holandés. Sus mejillas, por lo general coloreadas, estaban tan blancas como su corbata de cañe; una sonrisa que desmentía la expresión de su mirada, contraía sus pálidos labios.

Cuando se hubo sentado, Sofía y Mr. de Wurzen se acercaron a él con verdadero interés.

Jorge bebió lentamente algunos sorbos de agua, después de lo cual mojó su pañuelo en el vaso, y lavó las gotas de sangre que caían de su frente.

La multitud que se había quedado súbitamente silenciosa é inmóvil, se mantenía a cierta distancia.

—Un espejo, dijo Jorge con voz breve.

Margarita le llevó uno de esos espejos pequeños de pueblo, rodeado de un marco de madera pintado de encarnado.

El príncipe contempló durante algunos segundos la línea de púrpura trazada en su frente.

—El tiro ha sido disparado de arriba a bajo, dijo hablando consigo mismo; han preso a ese hombre, ¿no es cierto?

—Todavía no, monseñor; pero he mandado al instante, que hagan una batida en la espesura del Sur, se apresuró a contestar Mr. de Wurzen.

—¿Dios mío! ¿Qué ha pasado? dijo Sofía dirigiéndose a él, porque nada he visto, nada sé, sino que el príncipe está herido.

—Voy a contaroslo en dos palabras, señora, repuso Jorge: un jabalí de cuatro años hacía frente a mis tres perros mejores; me precipité sobre él; pero mi caballo resbaló en un lodazal y me arrojó en medio de los combatientes. El jabalí dejó entonces a los perros y arremetió conmigo. En el momento en que yo procuraba ponerme de rodillas para desenvainar mi cuchillo de monte, dispararon un tiro cerca de mí, y la bala, después de haberme surcado la frente, fué a sepultarse en el ojo de la res.

—¿Y quién es ese salvador?

—Espero que pronto le conoceremos.

—Sin duda será algún pobre cazador furtivo.

—Que acaba de ganar su placa de guarda-bosque, ¡pardiez! dijo Jorge levantándose.

Sofía sacó una bolsa del bolsillo de su amazona.

—Y este bolsillo, que os ruego le entreguéis de mi parte, dijo sin la menor afección.

—Gracias por él y por mí, dijo Jorge sonriendo. Vamos, Wurzen, alegraos conmigo de

una casualidad, ó mas bien de una destreza tan providencial.

—¡Viva el príncipe Jorge! exclamaron los cortesanos levantando sus vasos.

—¿Y Karl? dijo vivamente la princesa en voz baja a Margarita.

—Ya no puede tardar en llegar.

—Lo sé, y por eso he asistido a esta cacería.

—¡Ah! pero os vais a marchar en seguida.

—Vamos, Dietrich, dad vasos de vino a esas buenas gentes; que no se atreven a entrar; la yerba les servirá de mesa y de mantel.

—¡Viva el príncipe Jorge! exclamaron los guardas y los labriegos retirándose.

—No veo a la condesa, dijo el príncipe en voz baja a Abrahamson.

—La cita no era hasta la una, replicó el holandés; vuestro percañeo nos ha hecho abandonar la cacería antes..... se habrá quedado en Elangs con el resto de vuestra comitiva.

—Dentro de una hora proseguiremos la cacería, señores, dijo Jorge llevando su vaso.

—Os ruego me dispenseis si no os acompaño, monseñor, dijo Sofía acercándose a él; pero la emoción y el cansancio de este día han aniquilado mis fuerzas. Aguardaré aquí el carruaje que uno de mis criados va a hacer que me envíen de palacio.

—No necesitáis disculparos, señora; por el contrario, a mí es a quien corresponde daros gracias por haber tenido a bien acompañarme en esta escursión.

Y descubriéndose ante ella tomó la mano que le tendía y se la llevó a los labios.

—Gracias, dijo Sofía, quien precedida por Margarita, subió los pocos escalones que conducían al cuarto de la joven.

Como se ve, la corte de Hannover era tan esclava de la etiqueta como la de Francia. Se aborrecían, pero se besaban la mano.

—A propósito, ¿qué es de Mr. de Koenigsmark? preguntó Jorge a Abrahamson.

—Se obitina en vivir como en un claustro, dijo el holandés suspirando.

—Ya veréis como se apodera el fastidio de él....

En aquel momento entró un guarda-bosque cubierto de sudor y de polvo.

—Monseñor, dijo, acabamos de prender al hombre que ha muerto al jabalí.

—¿Dónde le habeis encontrado?

—En una rama de una encina.

—Podría suceder que antes de una hora se balancease debajo de ella, murmuró Abrahamson tomando un polvo de tabaco de su caja de oro.

—Que me traigan a ese tonto, dijo el príncipe.

El guarda salió para volver a entrar en seguida, arrastrando consigo al capitán Bilderdyck, quien llevaba agarrada del cañón una carabina vieja, embohecida y rodeada de alambre.

El aventurero estaba tan sereno como si solo le llamasen para pedirle algún dato. Silbaba entre dientes una fanfarria de caza, y su mirada vagaba por la multitud con una expresión de candida sorpresa y de impudente ironía.

—¡Bilderdyck! exclamó Jorge estupefacto.

—Su alteza me ha mandado a decir que entre, dijo el capitán saludando con desembarazo.

—Sí, capitán, y mi mensajero ha tenido la fortuna de encontraros en una rama.

—¡Oh! es un sitio de recreo que tengo en el campo.

Abrahamson sacó su reloj y dijo:

—Son las dos; hace ciento veinte minutos que debierais estar ahogado, capitán.

—Es un raciocinio de reloj el que acabais de hacer, caballero, dijo Bilderdyck desdenosamente.

—Espero, dijo el príncipe sin perder lo mínimo de su serena calma, que tendréis a bien darnos algunas explicaciones acerca de vuestra cacería.

—Con mucho gusto, monseñor. He venido al campo para solicitar....

—¿Mis liebres y mis faisanes?

—Mi médico me prohibe que coma caza, dijo el capitán con sublime desdén. Venía únicamente a suplicar a V. A. que retrasase por algunos años

la representación que había de verificarse en la mañana de hoy.

—Y para eso es para lo que habeis abandonado el castillo de Hildesheim?

—En parte ha sido para eso, monseñor.... Estaba descontento con la habitación que me habían dado; el papel estaba sucio y la chimenea hacia humo.

—Por Santa Gúdula! hé ahí un bribon redomado, murmuró Abrahmsen; ya veo que no le he hecho justicia.

—Continuad, capitán, dijo Jorge sentándose. Os escucho con verdadero interés.... ¡Continuad! Roberto Bilderdyck repuso en seguida:

—Tenia, pues, la honra de decir á V. A. que me hallaba en el bosque en calidad de pretendiente. Ahora bien; cuando estaba haciendo antesala en la enramada, tropecé en una cosa que se parecía bastante á un arcabuz; pero que en realidad solo era una mala carabina de cazador furtivo, estropeada, torcida, sin punto y atada con pedazos de alambre. Cogi esta máquina, hice sonar los muelles por vía de distracción, me la eché á la cara para ver lo que valia, y vi en el horizonte la recomendación mas triunfante y milagrosa para ponerla al margen de mi solicitud. Cerré el ojo izquierdo, oprimí el gatillo, y en un segundo, observé bien ese guarismo Mr. Abrahmsen.... en un segundo salvé la vida á un príncipe, muy querido en Hannover; restituí un marido á su mujer, un padre á sus hijos.

—Y cortásteis con el mismo tiro la cuerda de vuestra horca, añadió Jorge riendo.

—Mi modestia me impedía que tocara una cuestión tan delicada; pero puesto que V. A. la pone á la orden del día, le diré que contaba con que su gratitud le inspiraría ese pensamiento generoso.

—A la verdad que es muy gracioso el hombre este, dijo Wurzen al holandés.

—Una palabra mas, capitán, dijo Jorge haciéndole señas para que se acercase. Sois el tirador mas diestro que conozco; yo os ocultaba completamente el jabalí, y á pesar de eso no vacilásteis para hacer fuego, porque sin duda estabais seguro de que vuestra bala no haria mas que rozarme al pasar.

Y tocó su herida con el dedo.

—V. A. ha dicho la verdad, estaba seguro de mi mismo.

—Y ved, señores, qué singulares son vuestras leyes, continuó Jorge dirigiéndose á los circunstantes; cualquiera que hubiese sido el resultado obtenido por el capitán, su perdón estaba asegurado de antemano. Salvado por él, la ley y la gratitud obligaban á Jorge de Hannover a rasgar la sentencia de pena capital. Muerto Jorge por el jabalí ó por la bala de su salvador, esa misma sentencia quedaba también anulada, porque todo se salvó por el solo hecho de la muerte de un príncipe de nuestra casa cuando la ejecución ha de tener efecto en el mismo día. No se podía admitir que dos almas de tan distinto género hiciesen juntas el viaje á la eternidad.... ¿Sabiais eso, capitán? continuó con una sonrisa tan irónica que Bilderdyck sintió que se ponía pálido bajo su máscara de descaro.

—Soy hombre de guerra, y no entiendo de leyes, dijo altaneramente.

—Jorge pareció que reflexionaba un momento.

—Capitán, dijo al fin mirándole fijamente, creo que aun no he hecho bastante por vos; quiero facilitaros los medios de redimir vuestros pasados errores. Los acontecimientos que se han verificado han debido daros mucho en qué pensar, y ahora sé que puedo contar enteramente (Jorge marcó esta palabra con un movimiento de cabeza muy significativo) con vuestra adhesión. Segun veo, os gusta el campo; pues bien, por la presente os nombro guarda de este puesto de caza, en lugar de Dietrich, quien asciende á la plaza de mi montero mayor. ¿Lo ois, Dietrich?

—Si, monseñor, dijo el anciano guarda encantado con aquella promoción, y os doy humildemente las gracias por esa honra que me dispensais.

—¿Estais contento de mí, capitán?

—¡Cuando V. A. me colma de favores! exclamó Bilderdyck inclinándose hasta el suelo.

—Mas tarde me daréis las gracias, dijo Jorge volviendo á tomar su carabina de manos de Wurzen; ¡mas tarde! Entre tanto, Dietrich os pondrá al corriente de vuestras nuevas funciones. Dietrich, conducid ante todo al capitán á la bodega que debe tener necesidad de refrescar.

—Roberto Bilderdyck siguió á Dietrich con aspecto triunfante. En el fondo de su corazón estaba muy lejos de hallarse tranquilo respecto de las intenciones del príncipe; pero comprendió al instante que tenia que hacer alarde de cinismo y de audacia.

—¡V. A. toma á e-e tuno á su servicio! dijo Abrahmsen estupefacto, al paso que miraba al aventurero alejarse con su guía.

—¿Eso os sorprende? ¿Pues no veis que si yo hubiese aparentado creer que había hecho fuego sobre mí, hubiera hecho que todos los pillos de Hannover se aficionasen á dar alguna prueba de torpeza? Ese capitán Bilderdyck es un hombre precioso, y no tengo con qué pagarle el servicio que me ha prestado.

—¿Si salvando la vida?

—¡Haciéndome esta cicatriz! dijo Jorge con salvaje energía. ¡Vamos á cazar, señores, á cazar! todavía podemos disponer de dos horas.

VII.

ROBERTO BILDERDYCK PIENSA MUY SÉRIAMENTE EN COMPRAR SU MOLINO.

Jorge y sus compañeros de caza acababan de internarse en el bosque, cuando la condesa de Ruminghem entró en las Armas de Hannover.

Andrea llevaba una amazona de paño azul, exactamente igual á la de la princesa; una especie de cuello con capucha, forrado de pieles, cubría sus hombros y su cabeza.

Después de haber dirigido en torno suyo una mirada inquieta, abrumada por el cansancio y la emoción, apoyó una mano en su corazón y fué á caer sobre una silla colocada delante de la ventana.

—¡El es! dijo con voz alterada; Felipe de Koenigsmark, á quien yo no esperaba volver á ver. ¿Pero qué viene á hacer en este sitio? Porque aquí es á donde se dirige.

Andrea decía la verdad: el conde de Koenigsmark detenía en aquel momento su caballo delante de las Armas de Hannover, y le ataba á la puerta del corral. Dietrich, que también acababa de conocerle desde lejos, le salió al encuentro. Felipe había dejado el uniforme para vestirse un traje de montar de suma sencillez. Dietrich entró con él en la sala baja.

—¿Dónde está el príncipe Jorge? preguntó Felipe con breve acento.

—En este momento acaba de marcharse, señor conde.

—¡Ah! dijo Felipe con visible disgusto; ¿y hacia qué lado se ha dirigido?

—Hacia Etangs.

—¿Va á volver aquí?

—Dentro de dos horas.

—Gracias. Entonces procuraré alcanzarle en el bosque.

—¿No tiene mas que preguntarme el señor conde?

—No, dijo Felipe hincando una rodilla en tierra para apretarse la correa de una espuela.

Andrea, que hasta entonces se había mantenido apartada, se acercó á él, y después de haber hecho una seña á Dietrich para que se alejase, apoyó su liada mano en el hombro del conde.

—¡Andrea! exclamó Felipe.

—¡Con que es preciso que la casualidad nos reuna en un cuarto de una hostería para que yo pueda veros y hablaros, Felipe! dijo con voz dulce y lastimera.

El conde se levantó lentamente, con la vista fija en el suelo.

—Os salvé la vida en Debreczin, evité la vergüenza de un escándalo á la mujer á quien an ai.... Dariais vuestra sangre al amigo que hubiese hecho eso por vos, Felipe: ¿acaso porque

oy mujer, es por lo que os creéis obligado á ser ingrato?

—Pedidme mi sangre, Andrea, la derramaré gustoso por vos, si eso puede satisfaceros.

—Si, dijo Andrea, esa palabra responde á todo: el jugador que ha perdido paga con oro; el general que recompensa al soldado, el rey que concede una pensión á la viuda de un servidor que ha muerto peleando, pagan. Nada tiene ya que hacer la gratitud en donde está escrita esa palabra. ¿Acaso una madre pagaria con su sangre al hijo á quien hubiese echado de su lado y que volviese hacia ella tendiéndole sus brazos? ¿Pues lo que me estais ofreciendo, lo haria Arnheliter mañana por vos! Os debe la vida, y pagará. ¡Yo os he dado mas que mi sangre, Felipe, os he dado mi reputación, mi vida, mi amor!

—Nada he olvidado, Andrea, dijo Felipe con emoción, y por eso no he querido que mi corazón mintiese á mi conciencia. ¿Qué podeis esperar de mí después de lo que habeis oido?

—Ahora ya, nada, porque esa frase es una sentencia para mí. Si me hubieseis amado, no hubierais perdido la esperanza de alcanzar vuestro perdón; os habriais mostrado tan arrepentido como yo indulgente. No es vuestro corazón el que ahora os guía, sino vuestro indomable orgullo. Destruí el lazo en que ambos habiais caido, y no me lo perdonais, porque en vuestro amor egoísta, desesperado, encontrabais un goce supremo en hallaros reunidos por la muerte y la deshonra; porque Mme. de Tell sabe ahora que fui que ida vuestra, y esos recuerdos tardios de juventud y de ventura los habiais renegado á mis piés.

—Inclino mi frente y me humillo ante un dolor legítimo, del cual me acuso y me arrepiento. No tengais ya celos del pasado, Andrea, perdonadme como se perdona á los que van á buscar la tranquilidad y el olvido entre las paredes de un claustro. Os juro que he muerto para el mundo.

—Si, dijo Andrea con vehemencia, porque la mujer á quien amais pertenece á otro; porque de ella os separa un abismo; y no pudiendo poseerla, queréis sacrificaros á esa pasión egoísta. ¡No; no habeis muerto para el mundo, Felipe, porque aun no se han cerrado sobre ella ó sobre vos las puertas de un claustro, y el príncipe Jorge puede morir! ¡No; no habeis muerto para el mundo, porque soy vuestra esposa ante Dios! porque os he dado cuanto abnegación y amor podía dar una criatura humana! ¿Y habeis podido creer que yo aceptaria como un consuelo ese adiós eterno que lanzais á una y á otra? que mis celos permanecerian mudos ante una apariencia de sacrificio? que yo, que soy libre, que no he querido ocultar un amor, con el cual me enajenaba; que soy vuestra querida, en fin, aceptaria tal trato? Pues si tanto os amaba ella, ¿por qué prefirió ser princesa de Hannover antes que tomar el velo en un convento?

—¿Quis morir! contestó el conde, cuya mirada se animó con aquel recuerdo de una llama efímera.

Un suspiro doloroso agitó el pecho de la condesa, quien se cubrió el rostro con ambas manos para ocultar las lágrimas que humedecian sus párpados.

—¿Por qué no habré yo muerto tambien en la trinchera de Debreczin! murmuró Andrea con voz sorda.

—¡Pobre alma lastimada! murmuró Felipe conmovido tomándole la mano. Andrea, ¿qué queréis que os diga para convenceros y consolaros? Creed que sufro tanto como vos con esta separación, y necesito recurrir á toda mi energía, á toda mi fuerza de voluntad, para seguir la senda que me he trazado.

—¡No! exclamó Andrea con exaltación: ¡todo eso es un sueño! Es imposible que no me ameis ya, Felipe; por muy hermosa y seductora que sea ella, no puede haber de-struido en algunos minutos el recuerdo de nuestra felicidad. Sus palabras os han embriagado como el perfume de esas flores que hacen perder la memoria; pero ese sueño se disipará, y vuestros brazos se abrirán para aquella que no ha cesado de amaros y de ser digna de vos. Si de mis labios se ha escapado alguna palabra amarga, alguna reconven-

cion, perdonádmelo: el tiempo, que borra ciertos dolores, hace que otros sean mas terribles. Si os hubiese yo visto antes; si mi orgullo no hubiese contenido los impulsos de mi corazón, todo estaría ya olvidado. El perdón y la ventura están en esta sola frase; ¡Felipe, os amo!

Felipe separó lentamente los dos brazos que la joven acababa de echarle al cuello.

—¡No, dijo con sombrío dolor, Brawer se ha equivocado! Querida del príncipe esta mujer..... ¡Es imposible!

—¡Felipe! amado mio! contestadme! repuso Andrea con voz suplicante.

—¡Andrea, no puedo escucharos! sois un ángel de bondad y de perdón, y soy el maldito que duda y desespera. Pedid á Dios que me conceda el olvido, que ilumine mi alma con un rayo de su clemencia. Donde quiera que me lleve mi destino, Andrea, vuestro recuerdo estará siempre en mi mente como esos faros luminosos, estrellas terrestres que guían al marino perdido en la oscuridad. ¡Adios! bendita seas! sed feliz.

Y despues de haber apoyado sus labios sobre la frente helada de la pobre joven, montó á caballo y se alejó á galope.

—¡Perdido, perdido para siempre! exclamó Andrea con desesperacion, velándose el rostro con ambas manos.

El nuevo dueño de las *Armas de Hannover*, el capitán Roberto Bilderdyck, entró con la cabeza baja, las manos cruzadas á la espalda, y como absorto en una meditacion profunda.

—Tengo una opinion, harto buena opinion, de la inteligencia de S. A., dijo hablando consigo mismo, para creer que le haya engañado mi prodigiosa habilidad: no, ¡sabe tan bien como yo que aquel pobre jabali fué victima de un accidente deplorable! Este favor marcado que me concede, me preocupa en extremo. Ese Jorge no es un hombre vulgar; ¡á cualquiera otro le hubiera ocurrido la idea de reiterar la órden para que me ahorcasen! Ha preferido rebozarme en azúcar como un confite para devorarme mejor en una ocasion dada. No sé; pero me parece que el vino tendria aqui un gusto muy pronunciado á arsénico, y que las escopetas colgadas en la pared se dispararian por sí solas. Capitán Bilderdyck, ha llegado para tí el momento de adoptar la resolucion suprema que sabes: la carta que posees vale, por lo menos, diez mil ducados. Amigo Roberto, ha llegado el momento de negociar ese asunto para regresar á tu hermosa patria. Cuando ha trabajado uno mucho en su juventud, se encuentra mas pronto la recompensa en el descanso, que se llega á disfrutar en la edad madura. Mme. de Tell está aquí, Dietrich me lo ha asegurado; ahora la cuestion es encontrar una ocasion para.....

El capitán no concluyó: acababa de ver á la condesa que, sentada delante de una mesa y con la cabeza reclinada en ambos brazos, parecia hallarse abismada en una meditacion profunda.

Ya hemos dicho que Mlle. de Ruminghem llevaba una amazona semejante en un todo á la de la princesa.

Ahora bien, Bilderdyck, que desde lo alto de su árbol no habia visto pasar mas que á Mme. de Tell, creyó conocer en seguida el color y los adornos de la amazona.

Andrea, para ocultar mejor sus lágrimas, se habia echado su capucha á la cara: en la postura que tenia le era imposible al capitán distinguir sus facciones.

—¡Eh! ¡pardiez! ella es! ella es! dijo restregándose las manos; ¡oh casualidad! hé ahí una de tus jugadas..... Ataquemos de frente la cuestion: los discursos mas breves son los mejores.

Y acercándose cautelosamente á la que tomaba por Sofia de Brunswick, le dijo á media voz.

—Dispénsame V. A. la gracia de no moverse, de no tratar de conocer mi semblante, y entonces podré revelarle en una sola frase un secreto del que depende su honra, y acaso su vida.

Andrea conoció desde las primeras palabras la voz de su antiguo agente.

—Hablad pronto, dijo la condesa con voz tan baja que Bilderdyck no oyó mas que un simple murmullo que tomó por una aprobacion.

—Pues bien, repuso el capitán, la carta que enviasteis por medio de Bernardo á Mr. de Koenigsmark, no llegó á sus manos: fué interceptada por uno de los agentes del príncipe Jorge. Esa carta, de la que el conde no recibió mas que una copia; esa carta, que vuestro marido fué bastante torpe para andar regateando, os la vendo por diez mil ducados al contado.

Andrea se quitó el broche de diamantes y perlas finas que sujetaba su abrigo y se le tendió silenciosamente al capitán. Este era bastante inteligente en alhajas. El broche valia veinte mil ducados; le apreció en diez y seis mil. El negocio era magnífico.

—Tomad la carta, dijo deslizándola en el lugar del broche.

Un grito de triunfo se exhaló de los labios de la condesa cuando hubo fijado la vista en la carta.

—Gracias, capitán, exclamó con vehemencia, gracias; pero esto no es mas que una cantidad á cuenta de lo que he de daros.

—¡Mlle. de Ruminghem! exclamó Bilderdyck sofocado por la sorpresa y por la emocion de tal ganancia.

—¡Dad gracias á vuestra buena estrella que os hace rico en una hora, cuando debiera mataros, como un torpe que sois, si Mme. de Brunswick.....

—¿Quién habla aquí de la princesa de Hannover? dijo Sofia apareciendo en el umbral de la puerta.

—¡Ella!... murmuró Andrea, cuyo semblante se cubrió en seguida con un velo de palidez. Yo tambien tengo que confiarle un secreto, Sofia de Tell, y te le haré pagar muy caro; al precio de todas las lágrimas que me has hecho derramar, al precio de mi amor, de mi felicidad que has destrozado bajo tus plantas.

Y se adelantó hacia su rival con la sonrisa en los labios y el odio en el corazón.

Bilderdyck habia desaparecido como un duende para ir á presidir la comida de los perros de S. A.

VIII.

LAS DOS RIVALES.

Andrea, dominando en seguida su emocion continuó adelantándose con respetuoso apresuramiento hacia Mme. de Tell.

—Ese hombre, dijo señalando á la puerta por la cual acababa de salir Bilderdyck, me referia en este mismo instante que V. A. se habia quedado aquí, y me proponia ir á veros, señora, para daros algunas explicaciones.....

—¡Explicaciones! exclamó Sofia interrumpiéndola con altanería: ¿con qué motivo, señora? Teneis á bien decírmelo?

Andrea acercó el único sillón colocado cerca de la ventana, y ofreciéndoselo, dijo:

—Dignese V. A. escucharme.

—Hablad, señora, dijo la princesa despues que se hubo sentado.

—¡Dios mio! dadme paciencia ó humildad! murmuró Andrea acercándose con vacilacion á su rival. Mi presencia en casa de Karl Brawer, mi brusca aparicion allí, debieron pareceros tan singulares, que creo deben justificarme á vuestros ojos de una indiscrecion culpable.

—No sé yo que la etiqueta haya penetrado todavía en el estudio de Karl Brawer, repuso Sofia con tono glacial. No dudo que ignorabais mi presencia en casa de aquel joven artista, mi maestro de pintura; como allí no habia criados para anunciaros, entrasteis sola..... Nada mas sencillo..... solo la casualidad fué culpable.

—No, repuso Andrea con dulzura, para nada entró la casualidad en aquel encuentro, porque yo no iba allí por Karl Brawer.

—¡Ah! ¿Pues por quién ibais, entonces? preguntó Sofia fijando en ella una mirada ávida.

—Por Mr. de Koenigsmark, á quien sabia que habia de encontrar allí.

—¡Ah! ¿Era tambien para entregarle un despacho del príncipe Jorge, como el que fuisteis á llevarle al campamento de Debreczin? repuso Sofia con una sonrisa tan friamente burlesca que

Mlle. de Ruminghem no pudo contenerse por mas tiempo.

—Era, dijo, para que no le diesen muerte, como se la dieron á Bernardo en el camino de Halbersladi.

—Tened cuidado, señora, el tono de vuestras palabras comienza á ser amenazador, dijo la princesa. ¿Qué me importa que fuerais por Mr. de Koenigsmark ó por el pintor Brawer? No os pregunto vuestros secretos.

—Tampoco os importa..... ¿no es verdad? la existencia de un hombre á quien estravia la abnegacion! no os importa el reposo, la felicidad de una mujer á quien mirais con desden desde lo alto de vuestra conciencia, sin remordimiento de vuestra intachable virtud!

—Teneis razon, señora, al menos por lo que hace á esa mujer; mi conciencia y mi intolerante virtud solo me inspiran desprecio hacia aquella que, siendo hoy querida de Mr. de Koenigsmark, será mañana la favorita del príncipe.

—Soy la querida de Mr. de Koenigsmark, dijo Andrea con febril exaltacion; le amo con todas las fuerzas de mi corazón y de mi alma, con ese amor que, si no inspira respeto, se granjea gradualmente la compasion y la simpatia de las almas generosas. La felicidad me hace ser bastante rica, creedme, para no tener necesidad de tomar el marido de otra. Sabeis muy bien, señora, que seria preciso ser ciega ó insensata para caer tan abajo, cuando se aspira á elevarse tanto. Si, soy la querida de Felipe de Koenigsmark, y me envanezco con un dictado que dejais caer sobre mí como un baldón. ¡Qué seriais hoy, señora, á los ojos del mundo, si yo no hubiese ido á arrojarle entre vos y la deshonra!

—¡Señora! exclamó Sofia estremeciéndose de cólera, me insultais cuando sabiais que mi único móvil era la amistad.

—Solo sé una cosa, y es que sois nuestro género maléfico; es que si vacilo para sacrificaros, si no arranco á Felipe á vuestras pérfidas seducciones, ¡morirá asesinado por Jorge de Hannover, vuestro marido!

—Ahora me ultrajais ultrajándoos á vos misma, dijo Sofia al cabo de un momento de silencio. ¡Pobre mujer! ¡La pasion y la cólera os hace olvidar hasta el respeto de vuestro rango, de vuestro nombre!

—Os doy gracias porque me lo recordais, contestó Andrea con dignidad, la condesa de Ruminghem, se acordará de que ha de ser condesa de Koenigsmark.

—Pues bien, procurad llegar á serlo, señora, y entonces no tendrá á vuestro hermano motivo alguno para permanecer alejado de la corte.

—Tomo á Dios por testigo de que vine á vos humillándome, de que no procuraba hacer mas profundas las heridas de vuestra alma. No habeis tenido compasion conmigo, me habeis tratado como á una cortesana. Tened cuidado, Sofia de Brunswick; esas mujeres no retroceden ante escándalo alguno, ante ninguna violencia, cuando para ellas se trata de defender su amor. ¡Tened cuidado! Mme. de Stolberg murió en la abadia de Heildelsheim por haber escrito cuatro líneas á su amante Mr. de Wallenstein. ¡Dios os ilumine y os inspire!

—El os perdone vuestras faltas como os las perdono yo, dijo Sofia levantándose para despedirla.

La condesa inclinó levemente la cabeza ante ella y salió con lentitud sin añadir una sola palabra; Bilderdyck, que tenia su caballo en la puerta exterior, la ayudó á montar.

—Hasta mañana, capitán, dijo Andrea con tono de autoridad. Ya sabeis que no regateo el precio de vuestros servicios.....

—¡Hasta mañana! repitió Roberto Bilderdyck; contad con mi inalterable.....

La condesa lanzó su caballo á galope antes de que el aventurero hubiese terminado su protesta de adhesion.

—¡Basta! dijo Bilderdyck, nada tiene que hacer con mi prosa! le basta la de Mme. de Brunswick! ¡Bien, voto á una amapola! me alegro in-

finito de haberme desembarazado de ese diablo de carta: la mancha de sangre me traía desgracia.

IX.

[PRÍNCIPE DE HALMSTADT]

Aquellas palabras de la condesa de Rumingham: «Mme. de Stolberg murió en la abadía de Heildelsheim,» habían herido en el corazón á Sofia de Tell.

¿Era un aviso ó una amenaza proferida con intencion?

Por primera vez desde su entrevista con el conde, pensó Sofia en que nunca le había reclamado su carta, en que esta podía serle robada, y en que entonces la abnegacion de Andrea ocultaba un lazo y se convertía en una acusacion contra ella.

Este temor, que la despedida amenazadora de la condesa convertía casi en una certidumbre, introdujo el terror y el espanto en el alma de Sofia. Comprendió la falta que acababa de cometer abrumando á Andrea con su desprecio é inspirándola un deseo legitimo de venganza.

Un suceso doloroso iba á borrar muy luego esta impresion.

Mr. de Koenigsmark, al ir en busca del príncipe Jorge, encontró en el camino á Karl Brawer.

Karl volvía de Luneburgo á rienda suelta, porque el anciano duque de Tell estaba enfermo de mucho peligro, y quería abrazar por última vez á su hija antes de morir.

Sofia, esclava de la voluntad de su marido, se había resistido ya una vez al llamamiento de su padre; pero en aquel momento supremo no podía vacilar un solo instante para violar la prohibicion de Jorge.

Karl suplicó al conde que le acompañase para decidirla en el caso de que le faltasen valor y resolucion.

La presencia de una hija junto al lecho de muerte de su padre era un deber harto sagrado para que Felipe no accediese en seguida á la peticion del pintor.

Los dos ginetes no esperaban encontrar á la princesa en las Armas de Hannover.

Felipe, que le participó la triste noticia, no procuró debilitar por medio de rodeos inútiles la situacion verdadera del duque.

Solo mediaban veintitres leguas entre Neusladt y Luneburgo; pero cada minuto de retraso era una hora, por razon del peligro. Además era casi seguro de que si se avisaba á la corte, el príncipe Jorge opondría obstáculos á la partida de Sofia.

La princesa escuchó con valerosa resignacion todos los pormenores de la enfermedad de su padre; su dolor no hacia que asomasen lágrimas á sus ojos, sino que le daba fuerza de voluntad y energia.

—¡Parlamos! dijo Dietrich. Nos acompañaréis, señor conde, porque es preciso que el duque de Tell sepa por conducto vuestro lo que hacen aquí con su hija.

—Lo que me pedis es imposible, señora, dijo Koenigsmark; ¡cuántas sospechas nos seguirían junto á su lecho de muerte!

—Es verdad, dijo Sofia con amarga sonrisa. Mme. de Rumingham acaba de recordarme, hace un momento, que no sois libre.

—¿Se habrá atrevido?... dijo Felipe poniéndose muy pálido.

—No tengo derecho para quejarme, repuso Sofia, me ha prestado uno de esos servicios que nunca se olvidan.

—El príncipe puede volver, no perdamos un solo instante, dijo Karl despues de haber estampado un beso en la frente de su mujer; voy á ensillar yo mismo vuestro caballo.

—Marcharé con vos, señora, dijo el conde con acento resuelto.

—No; teniais razon, señor conde, no marcharéis conmigo, sino detrás de mí; pero me haréis el juramento de no volver en tiempo alguno á Hannover.

Felipe pareció que vacilaba un momento.

—¡Os lo juro! dijo al fin con voz alterada.

Una sonrisa iluminó el dulce semblante de Sofia, y murmuró en voz muy baja.

—¡Andrea, nunca serás condesa de Koenigsmark!

—Pero V. A. no puede pensar en viajar con ese traje, que la descubriría en seguida, dijo Margarita acercándose.

—Somos próximamente de la misma estatura, dijo Sofia mirándola, nada más fácil que apartar las sospechas, ¡apresurémonos!

Margarita sacó de un armario un gran abrigo de rayas y un sombrero de fieltro negro. En pocos minutos quedó completamente modificado el traje de Sofia.

—Mientras se terminaban estos preparativos, Karl anunció que todo estaba corriente.

—Partamos, dijo Sofia despues de haber estrechado la mano de Karl.

Dietrich, que había salido volvió á entrar casi en seguida con el mayor apresuramiento, gritando con voz anhelosa.

—¡El príncipe Jorge!

Felipe bajó con precipitacion el tupido velo del sombrero de Sofia y procuró llevársela por la segunda puerta.

—¡Aun no se ha perdido toda esperanza! exclamó Karl Brawer abalanzándose hacia ella; tomad mi brazo, señora, que yo os salvaré!

Sofia desfallecida y llena de terror, se dejó conducir sin poder pronunciar una sola palabra.

Jorge entró acompañado por Mr. de Wurzen y por el holandés; comenzó por entregar su sombrero y su carabina á Dietrich, y dirigió una mirada indiferente al grupo formado por Sofia, Felipe y Brawer.

—¡Ah! ¿Sois vos, Mr. de Koenigsmark? dijo saludándole graciosamente con la mano; sed muy bien venido.

Felipe se inclinó sin contestar.

Karl hizo un movimiento para alejarse con Sofia.

—Mirad á esa mujer que tiene velado el rostro, dijo Abrahmsen en voz baja al príncipe.

—¡Ya lo he visto! ¿A dónde vais así, Mr. Brawer? continuó Jorge sin volver la cabeza: ¿es mi presencia la que os pone en fuga?

—No, monseñor, dijo Karl con forzada sonrisa; pero es tarde y queremos regresar á Hannover antes de que sea de noche.

—La princesa Sofia se ha marchado, ¿no es verdad? preguntó Jorge á Margarita.

—Sí, monseñor, dijo la joven balbuceando y poniéndose muy pálida.

—¿Hace mucho tiempo?

—Hace ya una hora, monseñor, dijo Dietrich á su vez.

—Bien os dije yo, Wurzen, que llegaríamos tarde, y que Mme. de Brunswick se habría marchado ya de las Armas de Hannover.

—¡Venid, ó nos perdeis á todos! murmuró Karl oprimiendo el brazo de Sofia, cuyos piés parecía que se hallaban adheridos al suelo.

El conde comprendió que todo estaba perdido, si no intentaba dar otro giro á los pensamientos del príncipe. Se adelantó hacia Jorge tendiéndole un pliego sellado con las armas de Suecia, y le dijo:

—Dignese V. A. enterarse de ese despacho.

Mientras el príncipe rompía el sello, Sofia, haciendo un esfuerzo desesperado, se alejó algunos pasos; Jorge le dirigió una mirada oblicua, como para calcular la distancia que aun le separaba de la puerta, y en el momento en que iba á traspasar el umbral, dijo:

—Ya sabeis, señor conde, que la corte se viste mañana de luto: el duque de Luneburgo-Tell murió ayer á las tres.

Un grito desgarrador se exhaló de los labios de Sofia, quien cayó desmayada en los brazos de Karl.

—¡La princesa de Tell! exclamaron á un mismo tiempo Wurzen y Abrahmsen.

—No, señores, repuso Jorge con aterradora calma; es la querida de Mr. de Koenigsmark que se fugaba con él.

—¡Infame! exclamó Felipe desvainando su espada para arrojarla sobre el príncipe.

Jorge, con un gesto tan rápido como el pensamiento, le sujetó la muñeca con fuerza, diciéndole:

—Tirad esa arma, coronel Koenigsmark, si no queréis que el verdugo haga caer la mano con la espada.

—Yo no soy el coronel Koenigsmark, súbdito de Hannover, exclamó Felipe con voz estentórea; soy príncipe de Halmstadt y tengo derecho para pedir satisfacción de todas vuestras villanias.

—Llamad á mi comitiva, Abrahmsen, dijo Jorge; ya veis que todos estos miserables se hallan de acuerdo, y que, despues de haber comenzado por la mentira, concluyen por el asesinato.

—¡Ah! compasion para ella, monseñor! exclamó Wurzen señalándole á Sofia, que, pálida y desgredada, estaba sostenida por Karl y Margarita. Un temblor convulsivo hacia castañetear sus dientes, y su mirada opaca se clavaba en su marido con la fijeza de la muerte.

A la voz del holandés acudieron nuevos gentiles-hombres y algunos guardas, quienes se precipitaron dentro de la sala con avida curiosidad.

—Diga ó haga lo que quiera, permaneció sereno, amigo mio, murmuró Wurzen conteniendo á Koenigsmark, ó vuestra cabeza rodará en un cadalso.

Jorge repuso con voz fuerte y clara, extendiendo su brazo hácia la princesa.

—Esa mujer, á quien veis ahí temblorosa y pálida; esa mujer, á quien considerabais como un ángel de virtud y de caridad, Sofia de Brunswick, princesa de Hannover, ¡es homicida y adúltera! ¡Despues de haber procurado que me asesinasen ese miserable á quien he perdonado la vida, iba á fugarse con Mr. de Koenigsmark, su primer prometido, su amante!

(Se continuará.)

LOS TRAMPEROS DEL ARKANSAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD.

TRADUCIDA

Por D. J. F. SAENZ DE URRACA.

(Continuacion.— Véase el núm. 13.)

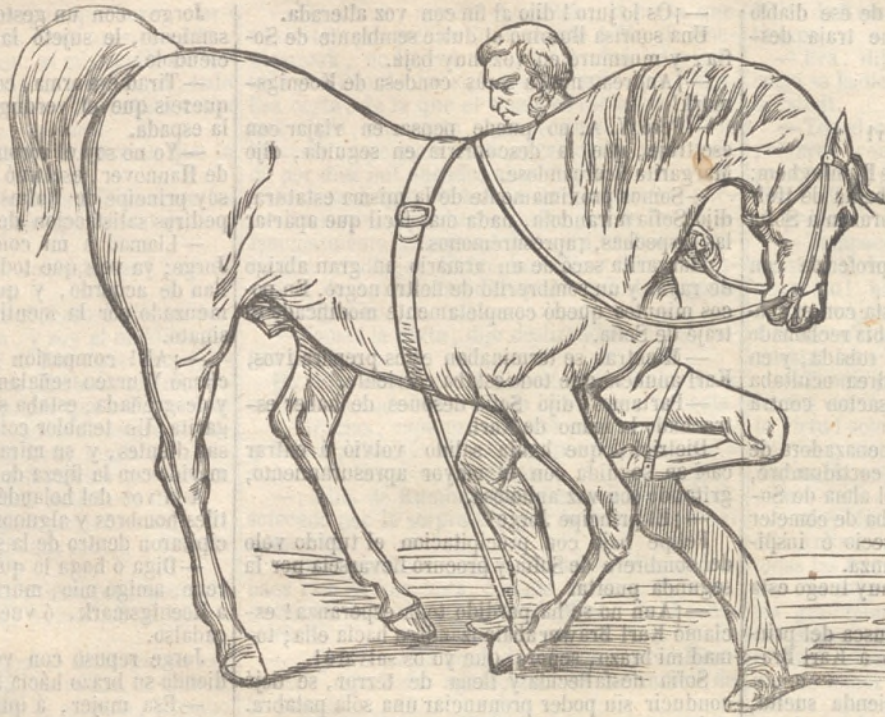
La lucha fué muy viva; Corazon Leal, no obstante la pasion que le devoraba, sabia la distancia inmensa que le separaba de doña Luz; conocia cuán insensato era su amor, cuán irrealizable su deseo. Todas las objeciones posibles en tales casos se las hizo Corazon Leal para probarse á si mismo que estaba loco.

Luego, cuando logró convencerse de que un abismo le separaba de la mujer á quien amaba, vencido por la lucha que había entablado consigo mismo, sostenido acaso por esa esperanza que nunca abandona á los hombres enérgicos, lejos de reconocer francamente su derrota y entregarse por completo á aquella pasion, que era ya su única alegria, su ventura exclusiva, continuó luchando sordamente contra ella, aunque compadeciéndose á si mismo por las mil pruebas insignificantes de corbardia que su amor le hacia dar á cada instante.

Con una obstinacion, que pudiera haber chocado á la joven, huía de encontrarse con ella; cuando la casualidad le obligaba á estar juntos, se tornaba brusco y taciturno, contestaba con dificultad á las preguntas que le dirigía, y con esa torpeza habitual de los enamorados novicios, aprovechaba el primer pretexto que se le presentaba para separarse de ella.

La joven le seguía tristemente con la vista, suspiraba, y algunas veces una perla líquida corría silenciosa por su rosadas mejillas al ver aquella partida que interpretaba como indiferencia, y que solo era amor apasionado.

Pero durante los pocos dias que trascurrieron desde la toma del campamento, los jóvenes habían adelantado mucho sin sospecharlo, con tanto más motivo, cuanto que la madre de Corazon Leal, con esa segunda vista de que se hallan dotadas



Segunda posición.

Las madres verdaderamente dignas de este nombre, habia adivinado la pasión y los combates de su hijo, y convirtiéndose en confidenta secreta de aquel amor, ayudándole sin que ellos lo observasen, y protegiéndole con todas sus fuerzas, mientras que cada uno de los enamorados se hallaba muy persuadido de que su secreto estaba sepultado en lo mas profundo de su corazón.

Hé qui el estado en que se hallaban las cosas dos días despues de la proposición hecha á doña Luz por el capitán.

Corazon Leal parecia que estaba mas triste y preocupado que de costumbre; se paseaba agitado por la gruta, dando señales de una impaciencia, y por intervalos dirigia en torao suyo miradas inquietas.

Al fin se apoyó en una de las paredes de la gruta, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó sepultado en una profunda meditación.

Hacia algun tiempo que estaba así, cuando una voz dulce murmuró junto á su oído:

—¿Qué tienes, hijo mio? por qué esa tristeza que nubla tus facciones? has recibido malas noticias?

Corazon Leal levantó la cabeza como un hombre que despierta sobresaltado.

Su madre y doña Luz estaban de pié delante de él, agarradas del brazo, apoyadas una en otra.

Fijó en ellas una mirada melancólica y contestó con un suspiro aho, adó:

—¡Ay Dios! madre mia, mañana es el último día! y aun no he podido imaginar cosa alguna para salvar á doña Luz y restituirla su tío.

Las dos mujeres se estremecieron.

—¡Mañana! murmuró doña Luz, es verdad, mañana es cuando ha de venir ese hombre.

—¿Qué vas á hacer, hijo mio?

—Lo sé yo acaso, madre mia? contestó el cazador con febril impaciencia. ¡Oh! ese hombre es mas fuerte que yo, ha frustrado todos mis planes! Hasta ahora nos ha sido imposible saber á donde se ha retirado, todas nuestras pesquisas han sido inútiles!

—Corazon Leal, le dijo la jóven con dulzura, ¿me abandonará V., pues, á merced de ese bandido? Entonces, ¿para qué me ha salvado V.?

—¡Oh! exclamó el cazador, ¿esa reconvenção me mata!

—No dirijo á V. reconvenção alguna, Corazon Leal, repuso la jóven con viveza, ¡pero soy muy desgraciada! Si me quedo aqui, causo la muerte del único pariente que tengo en el mundo; si me marcho, quedo deshonrada!

—¡Oh! y no poder hacer nada! exclamó el cazador con exaltación; saber que es V. desgraciada y no poder remediarlo! ¡Oh! añadió, por quitarla á V. toda inquietud, sacrificaré gozoso mi vida! ¡Solo Dios sabe lo que me hace sufrir la impotencia en que me encuentro!

—¡Tea esperanza, hijo mio! dijo la anciana con acento de convicción, Dios es bueno y no te abandonará!

—¿Que tenga esperanza! ¿Qué me está V. diciendo, madre mia? De dos días á esta parte, mis amigos y yo hemos estado intentando lo imposible, sin resultado alguno. ¡Tener esperanza! y dentro de algunas horas vendra ese miserable á reclamar la presa que tanto codicia! ¡Antes morir que ver ejecutar tal crimen!

Doña Luz fijó en él una mirada de singular expresión; una sonrisa melancólica arqueó sus labios, y poniendo suavemente su mano linda y diminuta en el hombro del cazador, le dijo con su voz melodiosa y penetrante:

—Corazon Leal, ¿me ama V.?

El jóven se estremeció con violencia.

—¿Por qué me hace V. esa pregunta? le dijo con voz penetrante.

—Conteste V., repuso doña Luz, conteste V. sin vacilar, como yo le pregunto; el momento es solemne y tengo que pedirle un favor.

—¡Oh! hable V., señora; ya sabe V. que nada puedo negarle!

—¡Repondame V. ¿repuso la jóven temblorosa, ¿me ama V.?

—Si es amar á V., señora, abrigar el deseo de sacrificar mi vida por V.; si es amarla sufrir un verdadero martirio al ver correr una sola lágrima suya, que quisiera rescatar á costa de toda mi sangre; si es amarla tener el valor suficiente para dejar á V. llevar á cato el sacrificio que exijan mañana por salvar á su tío, ¡oh! si señora, amo á V. con toda mi alma! Así, pues, hable sin temor, sea lo que quiera lo que V. me pida, lo haré con júbilo!

—Bueno, amigo mio, dijo la jóven, cuento con la palabra de V., y mañana se la recordaré cuando se presente ese hombre; pero ante todo es preciso que se salve mi tío, aunque haya de sacrificar mi vida! ¡Ay de mí! me ha servido de padre, me quiere como á una hija, y por mí es por quien ha caído en poder de los bandidos. ¡Oh! ¡jura, V., Corazon Leal, que te libras! añadió con indescriptible expresión de agrado.

Corazon Leal iba á contestar, cuando Buenhumor y el Alico Negro entraron en la gruta.

—¡Por fin! exclamó el cazador precipitándose hacia ellos.

Los tres hombres conversaron en voz baja breves instantes, y luego el cazador volvió al lado de las dos mujeres.

Su semblante estaba lleno de júbilo.

—Tiene V. razón, madre mia, exclamó con voz vibrante, Dios es bueno; nunca abandona á los que en él confían. ¡Ahora, yo mismo soy quien digo á V. que tenga esperanza, doña Luz, que muy pronto le restituire á su tío!

—¡Oh! repuso la jóven llena de júbilo, ¿será posible?

—¡Tenga V. esperanza, le digo! ¡Adios, madre mia! ruegue V. á Dios que me ayude, pues ahora voy á necesitar su auxilio mas que nunca!

El jóven, sin decir mas, se precipitó fuera de la gruta, seguido de la mayor parte de sus compañeros.

—¿Qué ha querido decir? murmuró doña Luz llena de ansiedad.

—Venga V., hija mia, contestó la anciana con tristeza, ¡vamos á orar por él!

Y la llevó consigo á la especie de cuarto en que habitaban.

Solo quedaban en la gruta unos diez hombres encargados de la defensa y custodia de las mujeres.

XL

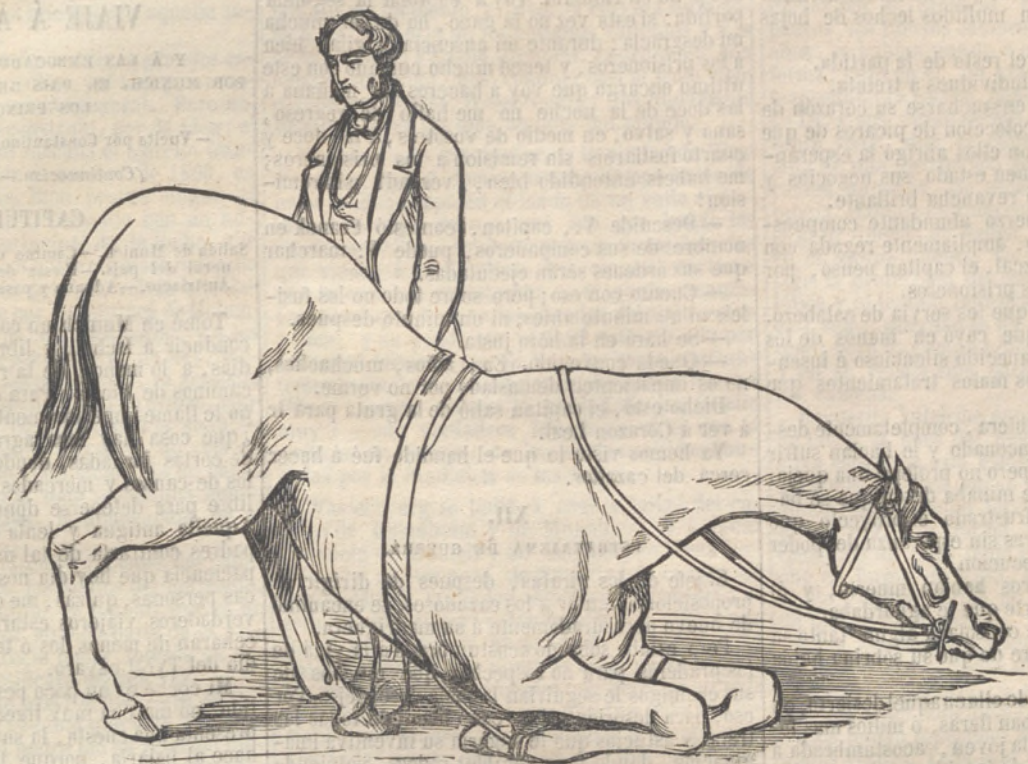
LOS PRISIONEROS.

Cuando los Pielos Rojas y los cazadores invadieron el campo de los mejicanos, los piratas, siguiendo las órdenes de su jefe, se diseminaron en to las direcciones con el fin de librarse con mas facilidad de las pesquisas de sus enemigos.

El capitán y los cuatro hombres que conducian al eneral y á su negro, ambos bien atados y con mordazas, habian baj do por la pendiente de rocas con esposición de destrozarse mil veces cayendo á los precipicios situados á sus piés.

Cuando hubieron llegado á cierta distancia, tranquilizados por el silencio que reinaba en torno suyo, y mas aun por las dificultades inauditas que habian vencido con el fin de llegar al sitio en que se hallaban, se detuvieron para tomar aliento.

Evo viales una oscuridad profunda; encima de su cabeza, á una altura enorme, veían brillar como pálidas estrellas las teas que llevaban los cazadores que los perseguían; pero que no intentaban en manera alguna aventurarse en el camino que los bandidos habian emprendido.



Tercera posición.

— Buena fortuna! dijo el capitán; vamos, muchachos, podemos descansar algunos instantes, que por ahora nada tenemos que temer; el local á vuestros prisioneros aquí, y que dos de vosotros se destaquen para ir á reconocer los alrededores.

Sus órdenes fueron ejecutadas, y algunos minutos después los dos bandidos volvieron á anunciar que habían encontrado una escavacion que podía ofrecerles un abrigo provisional.

— ¡Diablo! dijo el capitán, es preciso dirigirnos allá.

Dando el ejemplo se puso en marcha y los demás le siguieron.

Llegaron muy pronto á un hueco de la roca que parecía bastante espacioso y que estaba á algunas toesas mas abajo del sitio en que al pronto se habían detenido.

Cuando se hallaron ocultos en aquella guarida, el primer cuidado del capitán fué el de tajar herméticamente la entrada con una manita, lo cual no era difícil porque la boca de la cueva era bastante pequeña, y los bandos dos habían tenido que inclinarse para penetrar allí.

— Así, dijo el capitán, ya estamos en casa, y de este modo no tenemos á los indifretos.

Sacando piedra y eslabon de su bolsillo, encendió una tea de leña vela, de la que había tenido cuidado de proveerse, con esa prevision que nunca abandonan los hombres de su jaez, ni aun en las circunstancias mas criticas.

Tan luego como los bandidos pudieron distinguir los objetos, lanzaron un grito de júbilo.

Lo que en medio de la oscuridad habían tomado por una simple escavacion, era una gruta natural de las muchas que se encuentran en aquellas comarcas.

— ¡Hola! ¡hola! dijo el capitán, veamos donde estamos. Quedaos vosotros ahí, y vigilad cuidadosamente á los prisioneros, que voy á reconocer nuestra nueva posesion.

Después de haber encendido otra tea, exploró la gruta.

Internábase en la montaña por una pendiente suave; en todas partes era elevado el techo, y en algunos puntos se abrian los costados lo suficiente para formar una especie de sala.

Debía recibir el aire por hendiduras imperceptibles, porque la luz ardía con facilidad y el capitán respiraba sin sentir la mas leve opresion en el pecho.

Cuanto mas avanzaba el pirata en sus pesquisas, mas estrante se volvía el aire, lo cual le hacia suponer que se acercaba á alguna salida.

Hacia mas de veinte minutos que estaba andando, cuando una bocanada de aire le azotó en el rostro é hizo oscilar la llama de su tea.

— ¡Hola! murmuró, hé aqui una salida. Seamos prudentes, apaguemos la luz, que no sabemos lo que podemos encontrar fuera.

Apagó la luz y permaneció algunos instantes inmóvil para que sus ojos se acostumbrasen á la oscuridad.

El capitán era un hombre prudente, y que conocía á fondo su oficio de bandido. Si el plan que formó para atacar el campamento quedó frustrado, se necesitó para esto un concurso de circunstancias fortuitas que era imposible prever.

Por eso, después que pasó el primer momento de mal humor producido por el descalabro que sufrió, adoptó valerosamente su partido, reconviniéndose *in petto* tomar su revancha tan pronto como se presentase ó asion propicia para ello.

Por lo demás, parecía que la fortuna quería protegerle de nuevo, ofreciéndole, justamente en el momento en que mas lo necesitaba, un abrigo casi inabillable.

Así pues, con un movimiento de júbilo y de indecible esperanza, fué como aguardó á que sus ojos estuviessen bastante acostumbrados á la oscuridad para poder distinguir los objetos, y saber si realmente iba á encontrar una salida que le hiciese dueño de una posición casi inespugnable.

No quedó defraudada su esperanza.

Tan luego como se disipó el deslumbramiento producido por la llama de la tea, vió delante de sí una claridad tenue, á una distancia bastante grande.

Comenzó resueltamente hácia adelante, y al cabo de algunos instantes llegó á la salida tan codiciada.

Decididamente la fortuna se declaraba de nuevo en favor suyo.

La salida de la gruta daba á la orilla de un rio cuyas aguas bañaban la boca del subterráneo, de modo que los bandidos, echándose á nado ó consruyendo una balsa; podian entrar y salir sin dejar rastro alguno, y frustrar así todas las pesquisas.

El capitán conocía demasiado bien las praderas del Oeste, en las cuales hacia cerca de diez años

que ejercía su honrosa y lucrativa profesion, para no orientarse con facilidad, y saber al momento donde se hallaba.

Conoció que aquel rio corria á una distancia bastante grande del campo de los mejicanos, del que tendían á alejarle sus infinitos rodeos. Lanzó un suspiro de satisfaccion, y cuando hubo examinado bien todos los sitios, no temiendo ya ser descubierto y hallándose tranquilo para lo sucesivo respecto de su posición, encendió de nuevo la tea y volvió atrás.

Sus compañeros, excepto uno solo, que vigilaba á los prisioneros, estaban profundamente dormidos.

El capitán los despertó.

— ¡Alerta! les dijo, no se trata ahora de dormir, que tenemos otras cosas que hacer.

Los bandidos se levantaron de mala gana, restregándose los ojos y bostezando de una manera capaz de desencajarles las quijadas.

El capitán hizo ante todo que tapasen sólidamente el agujero por el cual habían pasado; en seguida les mandó que se sentasen con los prisioneros, á quienes habían desatado las piernas á fin de que pudiesen andar.

Detuvieronse en una de las numerosas salas que el capitán había encontrado en su camino, un hombre fué designado para custodiar á los prisioneros, á quienes dejaron en aquel sitio, y el capitán continuó internándose en la gruta con los otros tres bandidos.

— Ya veis, les dijo mostrándoles la salida, que no hay mal que por bien no venga, puesto que la casualidad nos ha hecho descubrir un refugio al que nadie vendrá á buscarnos. Tú, Franck, marcha ahora mismo al punto de reunion que señalé á tus compañeros, y condúcelos aquí, así como á todos los demás que no formaban parte de la expedicion. En cuanto á ti, Antonio, es preciso que nos procures víveres; marchaos ambos. Es inútil decirnos que aguardó vuestro regreso con impaciencia.

Los dos bandidos se arrojaron al rio sin replicar una palabra, y desaparecieron nadando.

Entonces, volviéndose el capitán hácia el que quedaba, le dijo:

— En cuanto á nosotros, Gonzalez, ocupémonos en reunir leña para encender fuego, y hojas secas para hacer camas. Ea, manos á la obra.

Una hora después, una hoguera bien alimenta-

da chispeaba en la gruta, y los bandidos dormían con profundo sueño en mullidos lechos de hojas secas.

Al salir el sol llegó el resto de la partida.

Aun ascendían sus individuos a treinta.

El digno jefe sintió ensancharse su corazón de alegría al ver la rica colección de picaros de que aun podía disponer. Con ellos abrigó la esperanza de restablecer en buen estado sus negocios y tomar muy pronto una revancha brillante.

Después de un almuerzo abundante compuesto de carne de venado, ampliamente regada con copiosos tragos de mezcal, el capitán pensó, por fin, en ocuparse de sus prisioneros.

Trasladose á la sala que les servía de calabozo. El general, desde que cayó en manos de los bandidos, había permanecido silencioso é insensible, al parecer, á los malos tratamientos que les prodigaban.

Las heridas que recibiera, completamente descuidadas, se habían enconado y le hacían sufrir de un modo horrible; pero no profería una queja.

Un pesar profundo le minaba desde que se hallaba prisionero; veía frustrado el proyecto que le condujo á las praderas sin esperanza de poder volver á ponerle en ejecución.

Todos sus compañeros habían muerto, y él mismo ignoraba la suerte que le aguardaba.

La única cosa que consolaba algun tanto su pesar, era la certidumbre de que su sobrina había logrado escaparse.

¿Pero qué había sido de ella en aquel desierto, en donde solo se encontraban fieras, ó indios mas feroces que estas? Aquella jóven, acostumbrada á todas las comodidades de la vida, ¿cómo sobreviviría las eventualidades de aquella existencia de privaciones?

Esta idea aumentaba en extremo su sufrimiento.

Al capitán le asustó el estado en que le encontró.

—Vamos, mi general, le dijo, tenga V. ánimos, ¡qué diablo! La suerte suele variar á menudo, y sé algo de eso por experiencia. ¡Carai! no se debe desesperar, que nadie puede prever lo que le reserva la fortuna. Déme V. su palabra de honor de que no procurará escaparse, y le devuelvo inmediatamente la libertad de sus miembros.

—No puedo dar esa palabra, contestó el general con firmeza, pues haría un juramento falso; por el contrario, juro á V. que por todos los medios imaginables procuraré huir.

—¡Bravo! bien contestado! dijo el pirata riendo, si me hallase en el lugar de V., contestaría lo propio. Pero creo que en este momento, aun con la mejor voluntad del mundo le sería á V. imposible dar un paso; por eso, no obstante lo que acaba V. de decir, voy á dejarle en libertad, así como á su criado, para que haga V. lo que pueda; pero solo libertad de sus miembros, se entiende.

Con un tajo de su machete cortó las cuerdas que sujetaban los brazos del general, y en seguida hizo lo mismo con el negro Júpiter.

Este, tan luego como se halló libre, comenzó á saltar y á reír, enseñando dos filas de dientes tremebundos y de una blancura deslumbradora.

—Vamos, sé juicioso, negrillo, le dijo el pirata; estate quieto aquí, si no quieres que te planten una bala en la cabeza.

—No me marcharé sin mi amo, contestó Júpiter.

—¡Eso es! repuso el pirata con tono irónico, es cosa convenida, y esa abnegación te honra, negrillo.

Volviendo entonces el bandido al lado del general, bañó sus heridas con agua fresca, y las vendó cuidadosamente; en seguida mandó colocar delante de los prisioneros viveres abundantes, á los que solo el negro hizo los honores, y se retiró.

Hacia el medio día, el capitán reunió en torno suyo á los individuos principales de la partida.

Caballeros, les dijo, no podemos negarlo, hemos perdido el primer juego, los prisioneros que hemos hecho se hallan muy lejos de resarcir nuestras pérdidas, y no debemos permanecer bajo la influencia de un descalabro que nos deshonra y

nos pone en ridículo. Voy á entablar la segunda partida: si esta vez no la gano, ha de ser mucha mi desgracia; durante mi ausencia, vigílale bien á los prisioneros, y tened mucho cuidado con este último encargo que voy á hacerlos: si mañana á las doce de la noche no me hallo de regreso, sano y salvo, en medio de vosotros, á las doce y cuarto fusilaréis sin remisión á los prisioneros; me habeis entendido bien, ¿verdad? ¡sin remisión!

—Descuide V., capitán, contestó Franck en nombre de sus compañeros, puede V. marchar que sus órdenes serán ejecutadas.

—Cuento con eso; pero sobre todo no los fusileis ni un minuto antes, ni un minuto después.

—Se hará en la hora justa.

—Queda convenido. Ea, adios, muchachos, no os impacientéis demasiado por no verme.

Dicho esto, el capitán salió de la gruta para ir á ver á Corazón Leal.

Ya hemos visto lo que el bandido fué á hacer cerca del cazador.

XII.

ESTRATAJEMA DE GUERRA.

El jefe de los piratas, después de dirigir su proposición singular á los cazadores, se encaminó de nuevo apresuradamente á su madriguera.

Pero estaba sobrado acostumbrado á la vida de las praderas para no sospechar que muchos de sus enemigos le seguirían la pista desde lejos. Por eso, para desorientarlos, echó mano de todas las tretas y astucias que le sugeria su inventiva imaginación, dando innumerables rodeos, volviendo atras incesantemente, y como se suele decir, retrocediendo diez metros para avanzar uno.

Estas precauciones numerosas habían retrasado mucho su marcha.

Cuando hubo llegado á las orillas del río, cuyas aguas bañaban la entrada de la gruta, dirigió en torno suyo una mirada postrera para cerciorarse de que ningun ojo indiscreto espiaba sus movimientos.

Todo estaba tranquilo, nada sospechoso se observaba, y se disponía á echar al agua la balsa oculta entre las hojas, cuando llamó su atención un ruido leve que se percibía entre los matorrales.

El pirata se estremeció, sacó con viveza una pistola de su cintura, la montó y se adelantó resueltamente hacia el sitio en que sonaba aquel ruido alarmante.

Un hombre armado con un azadon pequeño é inclinado hacia el suelo, se ocupaba en arrancar yerbas y plantas.

El pirata se sonrió y volvió á colocar su pistola en el cinto.

Había conocido al doctor que se hallaba consagrado por entero á sacrificar su pasión favorita.

Este, absorto en su trabajo, no le había visto.

El pirata después de haberle mirado un instante desdeñosamente, le volvía ya la espalda, cuando le ocurrió una idea que, por el contrario, le hizo avanzar hacia el médico, en cuyo hombro apoyó rudamente su mano.

El pobre doctor al sentir aquella presión brutal, se enderezó muy asustado, dejando caer las plantas y el azadon.

—¡Hola, buen hombre! le dijo el capitán en tono burlesco, ¿qué furor tiene V. de herborizar así á todas las horas del día y de la noche?

—¿Cómo?..... repuso el sabio; ¿qué quiere V. decir?

—¡Pardiez! es muy sencillo; ¿no sabe V. que son cerca de las doce de la noche?

—¡Es verdad! contestó candidamente el médico; ¡pero está la luna tan hermosa!.....

—¿Que ha creído V. que era el sol! exclamó el pirata interrumpiéndole y lanzando una carcajada. Pero no se trata ahora de eso, añadió recordando súbitamente su seriedad; aunque está V. medio loco, me han asegurado que es V. un médico bastante bueno.

—He dado pruebas de ello, caballero, contestó el doctor ofendido por aquella frase.

—Muy bien, V. es el hombre que necesito.

(Se continuará).

VIAJE Á ALEMANIA

Y Á LAS EMBOCADURAS DEL DANUBIO
POR MUNICH, EL PAIS DE SALZBOURG, VIENA Y
LOS PRINCIPADOS.

—Vuelta por Constantinopla, Atenas y Trieste.—

(Continuacion.—V. el núm. 11).

CAPITULO III.

Salida de Munich.—Camino de Salzburgo.—Aspecto general del pais.—Fiesta del Corpus.—Los Bávamos y Austríacos.—Aduana y pasaportes.

Tomé en Munich un carruaje que me había de conducir á Ischel, y libramme por tres ó cuatro dias, á lo menos, de la rápida monotonía de los caminos de hierro. Para el que tenga tiempo y no le llame imperiosamente un asunto ó un deber, ¿qué cosa hay mas agradable que estos viajes de cortas jornadas, donde á la vez que se fijan los descansos y mercados, es uno dueño de sí, y libre para detenerse dónde y cómo le parezca? Aquella antigua y lenta costumbre de nuestros padres contrasta de tal manera con la febril impaciencia que hoy día nos devora, que bien pocas personas, quizás, me comprenderán; pero los verdaderos viajeros estarán de mi parte, y no echarán de menos dos ó tres dias pasados en medio del Tyrol bávaro.

Mi coche es un poco pesado, pero bueno y sólido; no marcha muy ligero, pero llega. Si se le presenta una cuesta, la sube al paso, y lo mismo hace al bajarla, porque los reglamentos de policía, escritos por todas partes en las postas, previenen al cochero de las precauciones que tiene que tomar; es necesario detenerse, reparar el carruaje; después, á cien pasos de allí, volverlo á poner todo en situación para volver á principiar un poco mas lejos. Ahora bien; como el camino á cierta distancia de Munich, no ofrece mas que una sucesión de montecillos y de valles, casi se gasta doble tiempo que el que se necesitaría racionalmente para llegar al punto.—En los primeros momentos, nuestra impaciencia francesa se escita horriblemente con esas costumbres á compás y metódicas; se reniega de la flemática Alemania, después se olvida su mal humor, y mientras que los caballos trepan por la pendiente escarpada de un camino, se salta fuera del carruaje, ganándose por la travesía un pueblo ó algun sitio que ofrezca un punto de vista, donde puede uno sentarse al borde del camino á preguntar al peon caminero ó á alguno del pais; en una palabra, no se corre, pero se viaja.

Me encontraba, desde luego, muy contento de haber dejado á Munich. Aturdido y cansado mas que encantado de aquel hacinamiento de objetos artísticos, pedía un poco de aire y libertad, un poco de naturaleza, en fin.—Desgraciadamente, desde ayer noche el tiempo estaba echado á perder, y en el momento que salimos de Munich, llovía á torrentes; una espesa niebla envolvía los campos de arbolado que rodean la ciudad, y de donde suben sin cesar vapores malsanos.—Munich, en castellano, se encuentra en el agua, á pesar de todos los cuidados dirigidos á la salubridad de las calles; á pesar del espacio y aire que por allí circulan; se muy frecuentes las fiebres; las enfermedades endémicas producen grandes estragos, y aun se recuerda y habla con miedo de los nefastos dias de 1854, en que el cólera diezmo una parte de la población.

Pero bien pronto se mejora el aspecto del pais. Después de haber pasado el pueblo de *Eggenharling*, dejamos á nuestra izquierda una esplanada uniforme y de rica cultura; termina en una distancia de dos á tres leguas á lo mas, por una cordillera de espesos arboles, entrecortados barrancos, colinas y pequeñas balsas. Estos bosques son los de Hohenlinden, y la llanura que atraviesa en este momento, ha presenciado uno de los dramas militares mas célebres de nuestra historia.—«Desde Munich, hay dos caminos que conducen al Yun, el uno va directamente por Eberberg, sobre *Wasserburg*, el otro oblicuando á la izquierda y pasando por Hohenlinden, Haag, Amfing, y Muhlendorf: uno y otro atraviesan el

alto bosque de los abetos que cubren aquella se-
vera region. » (Thiers).

Se ha desbrozado desde entonces grandes es-
pacios, en otro tiempo incultos, y el tiempo ha mo-
dificado algun tanto el aspecto general... Pero na-
da era mas fácil que reconstruir, por la idea, el
conjunto del terreno que surcaba el ejército fran-
cés, al marchar el 1.º de diciembre de 1800, en
tres columnas paralelas. Bien pronto llegué al
punto en que Richepanse, viniendo con un ad-
mirable valor al sitio principal de la lucha, que
las órdenes de Moreau no habian quizás indicado
de una manera bastante precisa, volvía á la iz-
quierda, é internándose por los bosques de Hohen-
linden en persecucion de los Austriacos, y á los
gritos de victoria dados por el cuerpo de Ney, due-
ño del centro de todas las posiciones, se arrojaba
en brazos de su intrépido hermano de armas, con-
fundiéndose la gloria de aquel con la suya.—
¡Noble época en que nuestra Francia no veía en
sus hijos sino una santa emulacion, la de hacer
triunfar la patria, donde todo secundaba gene-
rosos instintos, el deber, la abnegacion de si
mismo, y la fortuna!...

Yo seguía todas las circunvoluciones del cami-
no, y consultaba todos los puntos del horizonte,
ayudado de la carta militar de Jomini, que es un
recurso tan grande para aquella parte de la Ale-
mania. Mi cochero parecia tomar interés en mis
estudios, y aun los rectificaba alguna vez.

«¿Conoceis bien este pais? le dije.—Sí señor:
yo he nacido en San Cristóbal que veis allá abajo
á vuestra derecha. Mi padre me ha referido mu-
chas veces la batalla; tenia una pequeña hos-
teria al extremo del pueblo y tuvo alojado muchas
veces á oficiales franceses. En cuanto á mi, se me
conocia en el hotel Maulich, y como se sabe que
hablo francés, se me emplea con preferencia
cuando hay alguno de vuestros compatriotas que
conducir.—¿Y vienen muchos?—¡Oh! no; está
un poco lejos de la ciudad, y prefieren mejor ir
á ver la Bavaria. Pero hay uno á quien he acom-
pañado muchos dias seguidos, y que estoy seguro
que conoceréis bien,» y me alargó un cuadrado
de papel que guardaba cuidadosamente doblado en
una cartera de una limpieza dudosa; se veía que
el buen hombre le habia mas de una vez ense-
ñado como un testimonio de que era valiente.
Allí leí escrito con letra fina y delicada que no
reconocia la mano de una mujer.

«He visitado el bosque de Hohenlinden y el si-
tio donde se dió la batalla del 3 de diciembre,
con mis dos guías Fritz, Muller y Laub; este úl-
timo es un antiguo soldado muy inteligente, cuyo
padre ha servido en nuestros ejércitos, y que por
sus cuidados y celo me ha sido muy útil en mu-
chas circunstancias. Le recomiendo con placer
á mis compatriotas que podrian tener necesidad
de sus servicios.»—La fecha y el nombre han
desaparecido usados por el roce, y esto es para
Laub un gran disgusto.... Pero con ver esta letra
y comparar las indicaciones que han quedado en
su memoria, me es fácil reconocerle en el autor
de este billete, á nuestro gran historiador mili-
tar cuyos trabajos tantas veces he seguido, inspi-
rándome en los mismos lugares sus recuerdos y
observaciones.

Mi cochero tenia desde entonces á mis ojos la
importancia de un erudito, porque sabia toda su
batalla al dedillo.—Hay al fin una cosa curiosa
que notar, y es, con qué ingenua admiracion ha-
blan en general los alemanes, pero sobre todos
los del Sud, de nuestras guerras y nuestras victo-
rias: olvidan que su patria, aquella patria que
tan de corazon aman, era el dote del combate;
no piensan sino en lo maravilloso de aquella
epopeya guerrera, leyenda poética de la que se
complacen en recordar todos los detalles; y qué
alegría, qué fiera actitud, cuando alguno de ellos
os puede decir: «Allí estaba yo, servia en tal
cuerpo, conocí á Ney, á Murat, y á Riche-
panse.» Cuando endereza su talla un poco en-
corvada, señala cada punto del horizonte, y en-
sanchando un poco el cuadro histórico, le refiere
con una viveza que os asombra y con una fuerza
de sentimientos que os atrae.

Ya he dicho que Laub era del pueblo de San
Cristóbal: fué preciso para contentarles, detener-

nos allí un momento y beber la cerveza espumo-
sa á la memoria de los antiguos valientes y á la
amistad con la Francia. Despues, rastallando con
alegría su látigo, nos condujo casi al trote y sin
detenernos hasta Wasserbourg; decididamente
llegamos á ser los mas amigos del mundo.

Nada hay mas gracioso como la ciudad de Was-
serbourg, que se domina mucho tiempo antes de
bajar á ella; ocupa en el fondo de un valle circun-
lar, el extremo de una casi isla que bañan las
aguas del Yun. De lejos parecia verse dos rios
que vienen á confundirse sus cursos, en tanto
que la casi isla es estrecha y la punta avanza.
Las rocas que forman las paredes del valle están
á pico, y su pendiente vertical está gastada por
las aguas tormentosas. El Yun los riega constan-
temente por la orilla izquierda, de suerte que ha
sido necesario rodear la ciudad de un muelle
muy elevado verdadera faja de piedras que la
protege con trabajo, de las fuertes subidas cau-
sadas por la fundicion de las nieves.

Wasserbourg se halla á casi la mitad del ca-
mino de Rosenheim y de Muhlendorf, y á igual
distancia de Munich y de Saltzbourg. Esta po-
sicion le da un poco de importancia comercial.
Por lo demás, la ciudad es antigua y conserva el
sello de otra época: sobre la plaza se eleva una
fuente en forma de abrevadero, y una galeria
bastante parecida á nuestros antiguos pilares de
los mercados, se encuentra á la derecha en toda
su estension. Mientras que nuestros caballos to-
maban un pienso, aprovechamos el tiempo para
visitar la iglesia, que no son mas que restos bas-
tante mal reparados de un antiguo priorato, y
atravesando la puerta abovedada, donde aun se
ven algunas reliquias de pinturas en las tapias, y
el escudo de los hombres libres de Wasserbourg;
pasamos el Yun por un puente de madera de bu-
ena y sólida construccion. La lluvia habia cesado y
nos fué fácil abreviar nuestro camino cerca de
una legua, subiendo á través de bosques y ver-
geles que tapizan la pendiente rápida de la ver-
tiente opuesta á la ciudad.—Un calvario rodeado
de bancos cubiertos de césped, levantaba su gran
cruz por encima de los árboles, sirviéndonos de
guía.—Bien pronto nos puso junto á él el car-
ruaje, y en dos horas llegamos á Fraberstheim,
donde debiamos pasar la noche. Esta primera jor-
nada habia sido de casi 20 leguas, contándose los
inmensos rodeos que tuvimos que hacer para se-
guir los bosques de Hohenlinden.

Aquí encontré algunas notas escritas en el hotel
de la posta, y que reasumen todos mis recuer-
dos. Fraberstheim es un gran pueblo sin ningun
carácter; la casa de posta, que sirve de hosteria,
tiene bastante buen aspecto, y los furgones del
real servicio se suceden con frecuencia. Los
correos cambian sus correspondencias, y un vaso
de vino á la mano: en Baviera se bebe en todas
partes y siempre.—Acabamos de tener 36 horas
de lluvia seguidas; era desesperarse: esta ma-
ñana, 3 de junio, el agua aun caía á cántaros;
pero al medio dia el cielo se ha despejado y ac-
abamos la jornada con el mejor tiempo del mundo:
esto era importante para un parisien siempre
dispuesto á descansar con toda su alma, y que á
pesar de esto, creía de buena gana en la influen-
cia de Saint-Medard.—Los pueblos, ó mejor
dicho los lugarejos, que habiamos encontrado,
eran pequeños, pero numerosos; todas las iglesias
se conocian por la fiesta del dia siguiente. En
todas partes se preparan flores y ramas verdes;
en efecto, al siguiente dia, cuando dejamos á
Fraberstheim, habia un grande repique de cam-
panas; los caminos estaban llenos de aldeanos, y
por todos los pueblos, brazos de árboles planta-
dos en tierra, señalaban el camino para la iglesia
y las estaciones. Entonces es cuando se compren-
de bien la dulce influencia del catolicismo, y
cómo penetra en las costumbres de la vida de los
del campo. Aquí no hay como en Italia ó en Es-
paña, aquella pompa teatral, donde todo es para
los ojos, donde fraudes de interés antes que pia-
dosos provocan y atraen una devocion exterior.
No; el pais de la Baviera es cristiano y católico
ferviente; lo ha probado bien en circunstancias;
nosotros mismos lo hemos visto á nuestra costa,

luchar por su creencia, con la energía que sus
padres, los fuertes campeones de la guerra de 30
años, se habian puesto á combatir contra la re-
forma; pero en él, un gran fondo de bondad y de
mansedumbre estaba ligado con la sinceridad de
su fé, y sus curas menos ricos, menos viciosos,
sobre todo, que el clero austriaco, tienen, á
falta de una instruccion profunda y de una edu-
cacion mundana, un excelente espíritu de tole-
rancia. Habia admirado con mucha frecuencia, en
el gran ducado de Baden, aquella buena fé que
en el mismo pueblo, en la misma calle, coloca
bajo la proteccion del mismo Dios la iglesia ca-
tólica y el templo reformado; aquí el catolicismo
está solo; ninguno le ha podido disputar el ter-
reno; pero ha comprendido su verdadera mision,
y no se revela sino para el bien que reparte en
los campos.

Recuerdo haberme encontrado una vez, antes
de llegar la hora del medio dia, en una posada
cuya espaciosa sala estaba llena de gente; eran
aldeanos bávaros con su chupa de terciopelo re-
donda, botas medio farradas, y el sombrero de
fieltro negro de forma cónica con ala ancha.
Cada uno de ellos tenia en una especie de estu-
che en forma de bolsa, al lado derecho, el cu-
chillo y cubierto que no le dejan nunca. Fuere
de plata ó hierro batido, lo que si es cierto que
relucia extraordinariamente.—Las mujeres, en-
galanadas con corpiños de colores fuertes, tenian
collares de abalorio, ó perlas de acero relum-
brantes como lentejuelas; algunas de las mas jó-
venes tenian rodeado á sus cabellos ramitas del-
gadas verdes. Toda esta gente se hallaba reunida
en una vasta hosteria, comiendo tortas de harina
de trigo, ó panes anisados; bebían sin ruido, sin
riña, escuchando las narraciones de algunos
ancianos.—Las madres y sus hijas se distraian
en voz baja con los novios, porque en aquella
época era cuando se hacian en gran número las
declaraciones y los acuerdos.—Los criados cor-
rian atareados en medio de todas aquellas per-
sonas, respondiendo por una sonrisa ó algunas
palabras dichas al pasar con algun chiste sin
mala intencion.—Solo tres ó cuatro aldeanos
mas jóvenes, á quienes sin duda la estancia en
la ciudad habia vuelto desdeñosos del estilo y
costumbres tradicionales, se habian puesto des-
viados, en una segunda sala, y jugaban á las
cartas como caballeros.—Se hallaban colga-
dos en las paredes algunos cuadros piadosos, imá-
gen de Cristo, un calvario esculpido en madera,
cosas todas, en fin, que no encontramos en nues-
tras tabernas.... El hostenero se paseaba y vigi-
laba al mismo tiempo el servicio: á este le daba
un puñetazo, al otro le encendía la pipa, con
aquella autoridad, aquella satisfaccion de si pro-
pio, que hace del posadero alemán un verdadero
personaje.—De repente sonó la hora que anun-
ciaba el medio dia, y la campana de la iglesia,
situada en frente, contestó con sus notas gozosas
al ruido mate y seco del viejo cuclillo de madera.
Al punto se descubrieron todas las cabezas, cada
uno se levantó, y cesaron las conversaciones so-
bre negocios, y otras mas intimas, empezadas en
voz baja; el posadero, como verdadero amo de
casa, entreabrió la puerta de la segunda sala,
donde se hallaban los jugadores, y estos, incli-
nándose ante su mirada severa, se levantaron
tambien, quizás con sentimiento, dejando sus
cartas... Entonces, haciendo la señal de la cruz,
entonó la súplica del *Angelus* y las letanias, á las
que todas las voces respondian, y despues de
esta invocacion de algunos minutos, cada uno
volvió á emprender la conversacion interrumpi-
da, y las humeantes copas circulan mas.—Se
me perdonará, sin trabajo, el insistir en estos
detalles que pintan las costumbres de una po-
blacion y la dan á conocer mejor que todos los
libros.—En Baviera tiene el pueblo un buen
sentido, y basta el verle en las labores, en sus
goces, en sus trabajos, para reconocer en él las
cualidades viriles que hacen y sostienen á las
naciones.

El pueblo donde acababa de detenerme, á poca
distancia de *Altenmarlht*, está *Hohenstein*; separa
la region de las llanuras de la parte montañosa,
donde fuimos encontrando á cada paso colinas

de árboles, lagos y bellos prados. Si el horizonte estuviese más cerrado, ofrecería este país parajes tan hermosos como los del Tyrol y la Selva Negra. — A la derecha, las montañas que sirven de cintura, se separan de los Alpes Réticos en largos ramales, y dividen estos rápidos y numerosos ríos que descienden al *Yun*, y arrastran el lodo de los lagos de *Simsee*, de *Chimsee*, de *Waging*. Está desde luego el *Abra*, que hemos pasado en *Altemarlit*, y que va a concluir entre *Midling* y *Dormitzen*, recibiendo dos pequeños ríos en las cercanías de *Trauenstein*; después de haber costado durante dos ó tres millas las bellas aguas del lago de *Waging*, vemos presentárenos las cúspides nevadas de las montañas de *Saltzhourgo*, y entonces bajamos hasta el límite de la Baviera y del Austria, marcado entre los pueblos de *Saltzhurghofen* y de *Liefering*.

La transición es sensible, y quiero dar un adiós á la Baviera: saludemos, pues, por última vez los postes pintados de azul y blanco que marcan en el camino real las recomendaciones ó defensas de su policía, y el uniforme verde de sus soldados y el león de Maximiliano, menos amenazador hoy día que lo fué en otro tiempo, el de la casa de *Suavia*; pero que guarda como centinela vigilante sus bellas y ricas fronteras. Olvido con gusto las pretenciosas exajeraciones de *Munich*, su gusto artístico, que no es siempre puro, su aire erguido, y ya les he criticado bastante. No quiero acordarme sino de un país casi todo él rico por la naturaleza, ó fecundado por el trabajo de los hombres, poblado de habitantes instruidos y hospitalarios, con costumbres honradas y simpáticas. Salud á la antigua Baviera. — Vednos aquí detenidos en la aduana austriaca de *Liefering*. El águila de dos cabezas mira fieramente á los dos lados del horizonte, y los aduaneros tienen cierto aire de importancia imperial y real, con la cual no haría bien en chancear me. Lejos de mí, no obstante, el murmurar hoy día del gobierno austriaco, y bien por el contrario, me apresuro á reconocer que en ninguna parte he encontrado más facilidad para los pasaportes, más prontitud en la expedición de las formalidades que hay que llenar con los extranjeros. — Recuerdo, con enfado, al llegar á *Lievering*, aquella vigilancia quisquillosa que por todas partes seguía al viajero, los pasos que había que dar, trocados con una palabra de orden, aquellos empleados que á cada instante venían a los wagones del canino de hierro á interrumpir vuestras conversaciones ó vuestro sueño, repitiendo con una uniformidad de entonación gacal: *Zein pass, zein pass*, sin unirme siquiera la fórmula ordinaria y cortés de la palabra *Meincher*.

(Se continuará).

SECCION RELIGIOSA.

LA VIRGEN MARÍA.—LA ENCARNACION.

EFEMÉRIDES RELIGIOSAS.

La Europa es únicamente deudora al Evangelio del imperio que ejerce sobre los destinos del mundo. Del Evangelio ha sacado su superioridad intelectual y moral, la mansedumbre progresiva de sus costumbres, la perfección de sus leyes, la grandeza de sus instituciones y aun las esperanzas que tiene para el porvenir. Si pudiésemos caer en la decrepitud, sería perdiendo el Evangelio; y si los pueblos más ó menos bárbaros del Asia, del Africa, de las islas oceánicas y del nuevo continente se sentasen un día, como no hay que dudarlo, en el banquete de la civilización, será únicamente por haber aceptado en aquel día el Evangelio, inseparable ya de cuanto hay de grande en el universo.

A diferencia de las cosas humanas, á quienes queda menos vida á medida que más han vivido, el cristianismo puede dar sus pasadas victorias como garantía de sus futuros é incontestables triunfos. La razón de esto es más alta que la esfera en que sus impotentes impugnadores van á buscar sus ilusorias críticas: lo que autoriza á de-

cir que el cristianismo es una revolución definitiva, es la elevación y la santidad de su principio. Para los creyentes no hay duda en esto; para los demás, que pregunten á la historia y que juzguen.

En efecto, el cristianismo no fué una renovación de formas políticas y sociales, ni uno de esos accidentes que afectan la superficie de los estados: renovación y accidentes que comienzan por perder su prestigio y retroceden en cuanto acaban de manifestarse.

Fué sobre todo, y más que todo, un cambio de los corazones, es decir, para cualquiera que reflexione, una revolución que viene de más alto que de la criatura, y que desciende hasta las profundidades de la conciencia, último valladar donde puede defenderse la libertad del hombre; y precisamente por eso esa revolución es tan radical en sí misma, y tan estensa en sus resultados.

El punto particular sobre que tal vez es muy fácil estudiar este efecto, es la rehabilitación de la mujer tan cruelmente abatida entre las naciones paganas, tan maravillosamente realzada entre las naciones cristianas. Este prodigioso cambio no depende únicamente, como se cree de ordinario, en que el cristianismo ha regenerado la conciencia mostrando la verdad á una luz más clara; depende sobre todo de lo que dice el cristianismo de la redención del hombre por la sangre de un Dios. En virtud de ese dogma, la dignidad del alma humana llega á un nivel tan elevado, que á su altura todas las cualidades, todos los defectos del cuerpo, todas las distinciones políticas, todas las desigualdades sociales no conservan sino una importancia secundaria. Tocada con la sangre divina, derramada en el Calvario, brilla nuestra naturaleza con un resplandor que cubre y rechaza á un segundo término las gracias y las formas del cuerpo; brilla por encima de la belleza mas acabada, como al través de los miembros marchitos por el padecimiento. Preciso es decirlo: solo la fé en esta certidumbre, colocando la debilidad bajo la protección del derecho, y los sentidos bajo la ley del deber, ha devuelto á nuestras madres, á nuestras hermanas, á nuestras esposas, la herencia de su grandeza original y de la magnificencia de su destino.

Empero á toda idea corresponden medios prácticos por donde es visible, y entra en el órden de los hechos. El culto de la virgen María fué tal vez el medio más eficaz de los elegidos por la sabiduría de la Iglesia. Resulta de la doctrina general del cristianismo, que consagra la supremacía del espíritu sobre el cuerpo, y la sujeción de los sentidos al alma bautizada. Lebi á su vez favorecer el desarrollo de la doctrina evangélica sobre la castidad, inspirar á toda criatura humana el respeto de sí misma, y transformar así de una manera lenta, pero inevitable, primero la familia, en seguida la sociedad. Esto es lo que ha sucedido, y ninguna lengua mortal puede expresar todo lo que ha producido para la gloria del cielo y de la tierra el culto de María, esposa de un carpintero de Nazareth, superior á las más ilustres mujeres, por el brillo de sus virtudes; igual á la más pobre, por la humildad de su condición; más pura que todas las vírgenes, de que es el ejemplo y la patrona; más compasiva que todas las madres, de que es la protectora y el apoyo.

Cuando llegaron los tiempos marcados por la misericordia de Dios, se realizó la palabra pronunciada por un profeta: «Caerá con sus cedrés el libano, empero un retoño nacerá de la estirpe de Jessé: se levantará una flor de sus ruinas, y en ella reposará el espíritu del Señor.» Esta dulce y ansiada expectativa de un reparador, del que se halla una tradición en todas las comarcas de la tierra, era conservada, sobre todo, con fidelidad, por el pueblo hebreo. Y en efecto, después de cuatro mil años de aguardar, nace María, que debía ser madre del Creador. María tuvo por padre á Joaquín, de la tribu de Juda, y de la raza de David, y por madre á Ana, que se cree haber sido de la tribu de Levi. Toda la antigüedad eclesiástica ha glorificado el nacimiento de María, y desde los más remotos siglos la Iglesia

lo celebra por una fiesta especial colocada en el día 8 de setiembre. Mas todavía: ha instituido la fiesta de la Concepción, como para apresurarse á honrar á María desde que comenzó á existir, no pudiendo mostrar de una manera más expresiva todos los elogios gloriosos que quiere tributar á la ilustre madre de un Dios oculto todavía.

María presentada en el templo á la edad de los tres años, se consagró irrevocablemente á Dios. Este recuerdo ha querido perpetuarlo la Iglesia instituyendo la festividad de *la Presentación*, fijada para el veintiuno de noviembre. Esta fiesta celebrada en Oriente desde el siglo ix, fué establecida en las iglesias occidentales únicamente en el siglo xvi, por Gregorio XI, en vista de las solemnidades usadas en la Grecia por la presentación de la Virgen María.

Antiguas autoridades hacen creer que permaneció María algunos años en el templo ocupándose en la oración y el trabajo de sus manos. Este hecho nada tiene de imposible, al ver por una parte á *Josabeth*, mujer del gran sacerdote *Joiada*, ocultar á su lado en el templo al joven rey *Joas* con su nodriza, para librarle del furor de *Athalia*, y por otra parte que la profetisa *Ana*, hija de *Phanuel*, habitó constantemente á la puerta del templo. Pero que, en efecto, la infancia de María se haya pasado en la casa de Dios, ó que Joaquín y Ana hayan vuelto á llevar á la dulce amiga del cielo á su humilde morada de *Sephoris*, en Galilea, no hay duda de que María vivió en el retiro conversando por la meditación con su Creador, y practicando con sencillez y en un perfecto grado los deberes y las virtudes de su posición.

María fué desposada, casada después, con José, que era como ella de la tribu de Juda y de la raza de David. Se dice que era el jefe y el principal heredero de aquella dinastía destruida. A pesar de aquel origen ilustre, estaba reducido á ganar su vida con el trabajo de sus manos: los antiguos expresan positivamente que se ocupaba en construir arados, en cortar y trabajar los árboles, y en todas las obras de carpintería propias para la construcción de casas. En esto pensaba el sofista *Libanio*, cuando preguntaba á un cristiano para burlarse de Jesucristo: «Qué era lo que hacía el hijo del carpintero?» y el cristiano le respondió: «Hace un féretro para tu amo.»

El suceso, como se sabe, verificó esta réplica: porque en aquel momento mismo cayó Juliano, el apóstata, herido de muerte en una batalla contra los Persas; y el hijo adoptivo del carpintero sepultaba en una común fosa al emperador y al paganismo.

Hacia dos ó tres meses que José y María se habían retirado á Nazareth, disfrutando aquella calma, aquella paz que da Dios á sus elegidos, viviendo en el trabajo y en la oración; ocupándose María de los cuidados interiores reservados á una mujer del pueblo; trabajando José en su humilde taller, cuyo sitio ha conservado una piadosa tradición. El idumeo *Herodes*, declarado por los romanos rey de los judíos; afectaba consagrarse á grandes cosas, y mostró una magnificencia que le valió, en efecto, el sobrenombre de *Grande*. El emperador *Augusto* gobernaba á Roma y al mundo en entera paz, cuando el ángel *Gabriel* fué enviado á María, la más santa, la más pura de todas las vírgenes, para anunciarla que concebiría en sus castas entrañas al Verbo eterno, al hijo de Dios hecho hombre. El ángel enviado del cielo entra en el lugar en que se hallaba María, diciéndola: «Yo os saludo llena de gracia: el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres.» Jamás elogios semejantes habían sido dados por una boca celeste á criatura alguna. En lugar de tener una vana alegría, María en su humildad se turbó. Inquieta, piensa de donde pueden venirle tan grandes alabanzas. «No temas María, añade la voz, porque has hallado gracia ante Dios: concebirás en tu seno, y parirás un hijo á quien pondrás el nombre de Jesús; será grande y se llamará el hijo del Altísimo, y el Señor le dará el trono de David, su padre; reinará eternamente sobre la casa de Jacob; y su reinado no tendrá fin.»

Tales son las divinas palabras con las que el ángel anunciaba á María el mas admirable, el mas inefable de todos los misterios. Y estas palabras tuvieron su cumplimiento: porque el hijo de María apareció como el término de las esperanzas del antiguo mundo; y despues de haber dado pruebas irrecusables de su misión, abrió los tiempos nuevos con tal santidad de vida, con una muerte y una resurrección tan prodigiosas, que el universo entero se conmovió, sacó la espada para atacar, ó sufrió la muerte para defender la doctrina de aquel poderoso renovador. El hijo de María es saludado y adorado hace diez y ocho siglos como el hijo del Altísimo: reina sobre los espíritus por la verdad que les comunica; sobre los corazones, por la caridad, cuya llama mantiene viva; sobre los hábitos é instituciones de las sociedades modernas, porque las anima y conserva el espíritu cristiano. El Hijo de María dominará el porvenir, como ha dominado el pasado, porque es la vida íntima de lo presente: sépase, ó ignórese esto.

Asombrada de tan grandes cosas, empero no dudando del poder de Dios y de la verdad de la palabra que oía, preguntó María cómo se verificarían semejantes maravillas habiéndose conagrado á Dios sin reserva, y para siempre. La voz respondió: «Vendrá sobre vos el Espíritu Santo, y os cubrirá con su sombra; y por eso el que nazca de vos, será llamado Hijo de Dios.»

Para la justificación de ella misma, y para dar una prueba inmediata y sensible de la verdad de las cosas que anunciaba, añadió la voz del ángel hablando á María: «Vuestra prima Isabel ha concebido un hijo en su vejez, y se halla ya en el sexto mes de su preñado, la que hasta hoy era llamada estéril, porque nada es imposible á Dios.»

María respondió con aquella palabra que hizo bajar el Verbo del cielo, y que resuena al través de tantos siglos.

«Hé aquí la esclava del Señor: hágase en mí, segun vuestra palabra.»

La pobre mansion de Nazareth se halla transformada en una iglesia y en un santuario subterráneo de que forma parte. La iglesia es una nave de tres pisos: debajo del altar, una escalera de algunos escalones conduce á una capilla iluminada con lámparas de plata, formada por una roca naturalmente abierta á bóveda, y á la que el arte ha impreso su última forma. En esta roca segun refiere la tradición, se hallaba apoyada la casa donde resonó la salutación angélica. ¿Quién no ha deseado arrodillarse sobre aquel suelo, besar aquellas piedras y llevar el recuerdo de todas las memorias que Dios ha hecho tan queridas, y atraer sobre los males de la humanidad la compasión de aquel que hizo oír allí los gemidos de la débil infancia, y vertió sus primeras lágrimas?

Desde que el hijo de Dios se formó el mismo un cuerpo de la mas pura sustancia de su Santísima Madre, la inspiró el deseo de ir á visitar á su prima Isabel, y mostrar por esta acción que su caridad igualaba á la grandeza de su destino. María no emprendió aquel viaje sino para felicitar á su prima, y servirla con una amistad pura y atenta: atravesó la Judea en toda su longitud, si como se piensa Isabel vivía en Hebron. Pareció además que el encuentro de aquellas dos nobles mujeres era conducido por el espíritu de Dios: Isabel conoció proféticamente el misterio de la Encarnación, que le ocultaba la modestia de la Virgen, y se reputó feliz con recibir á la madre de su Señor. «Bendita tú eres entre todas las mujeres, la dijo, y bendito es el fruto de tus entrañas.» Entonces María combatiendo aquellos elogios con el sentimiento profundo de la humana debilidad y de la misericordia divina, pronunció aquel cántico sublime, que ha sido llamado la gloria de los humildes y la confusión de los sabios.

«Alma mía, glorifica al Señor: mi espíritu se esaltó en Dios mi salvador.

»Porque ha mirado la humildad de su sierva, por eso las naciones me llamarán en lo sucesivo bienaventurada.

»Porque ha hecho en mí grandes cosas, el que es el solo Poderoso, y cuyo nombre es santo.

»Su misericordia se derrama de edad en edad sobre los que le temen.

»Ha desplegado la fuerza de su brazo, y dissipado á los que se henchían de orgullo en los pensamientos de su corazón.

»Ha derribado á los poderosos de su trono, y ha ensalzado á los humildes.

»Ha hartado de bienes á los hambrientos, y ha enviado á los ricos con las manos vacías.

»Ha tomado posesion de Israel su siervo, acordándose de su misericordia, como lo había prometido á nuestros padres, Abraham y su raza, por todos los siglos.»

Este himno, tan noble en su sencillez, ha sido siempre mirado como el cántico de triunfo de la humanidad regenerada. Por eso la Iglesia lo recita de pie con un ceremonial particular, con un tono de victoria, con las aclamaciones unánimes del pueblo fiel que ratifica las palabras de la Virgen. llamándola *Bienaventurada*, y toma parte en sus alegrías y en su gloria, cual una herencia legada por una madre.

Permaneció María cerca de tres meses en casa de su prima Isabel, cuidándola con el mayor esmero y placer, y tributándole los deberes de la caridad. Despues se despidió de ella y regresó á Nazareth, donde el mismo Dios acudió en su auxilio, é hizo conocer á Josef el misterio de la Encarnación y el próximo nacimiento de Jesus, Salvador de los hombres.

«Este es el cumplimiento, añadió el enviado celeste, de lo que fué dicho por el profeta Isaías: «Concebirá una Virgen, y parirá un hijo que se llamará Manuel, es decir, Dios con nosotros.»

Efemérides.—19 de marzo de 1529. Celebran los Luteranos una asamblea en Spira, en Alemania. Desde este dia comienzan á llamarse protestantes, porque protestaron defender ciertos principios y doctrinas, conformes á la confesion de Augsburgo.

23 de marzo de 1682. Confirma Luis XIV por un edicto la declaracion del clero de Francia, conteniendo las cuatro proposiciones sobre que están basadas las libertades de la Iglesia galicana.

24 de marzo de 1455. Muerte del papa Nicolás V. En su pontificado se verificó la toma de Constantinopla por los Turcos, y con lo que se terminó el imperio d Oriente. El pesar que ocasionó á Nicolás esta desgracia, le llevó á los dos años al sepulcro. Este pontífice, protector de las artes y de las letras, que cultivó toda su vida, abrió un asilo en Roma á los sabios griegos que el furor de los Musulmanes obligó á abandonar su patria. Trajeron consigo gran número de manuscritos griegos y hebreos, con que Nicolás enriqueció la Biblioteca del Vaticano. Nicolás V es el primero que echó los fundamentos de la magnífica iglesia de San Pedro. Sometió á Roma, que quiso renovar las escenas del Tribuno Rienzi, aclamando al noble Estéban Porcari, al que hizo ahorear con nueve de sus cómplices.

27 de marzo de 1378. Muerte de Gregorio XI. Pedro Rogerio de Beaufort, el último pontífice que el clero francés ha dado á la Iglesia universal. Aunque francés trasladó la silla pontifical que se hallaba en Aviñon á Roma. Se hallaba Roma gobernada por trece abanderados ó portadores de las banderas de los trece cuarteles de esta ciudad. Estos abanderados dirigian las masas, como mas tarde los hemos visto nosotros mismos dirigiélas en tiempo de Pio IX en nuestros dias. A su llegada, los abanderados rinden á sus pies las banderas, y aunque su autoridad no es por esto completamente reconocida, muere en su palacio de Roma en el Vaticano, donde es el primero que establece allí la residencia de los papas, cabiéndole la gloria de haber terminado la funesta época, conocida en la Iglesia por la cautividad de Babilonia. Desde entonces no volvió á salir la Sede pontifical de Roma, y todos los papas que han sido elegidos, han sido italianos. La residencia de los papas en Aviñon habia causado grandes males á la Europa. A la muerte de Gregorio XI, los cardenales franceses que componian la mayoría, quisieron elegir un papa francés. ¿Hacia tanto tiempo que estaban en posesion de esto!..... El pueblo romano se levantó, rodeó

el cóncave, y exigió de los electores un papa italiano ó la muerte. Despues de haber deliberado algun tiempo, los cardenales, intimidados, eligieron al arzobispo de Bari, Urbano VI. Empero luego los franceses eligieron en Agnani á Roberto, Clemente VII, que se instaló en Aviñon, y nace un cisma que divide la Europa cristiana.»

EL CONDE DE FABRAQUER.

ARTE DE DOMAR LOS CABALLOS

POR J. S. RAREY,

EL DOMADOR

PRECEDIDO DE UNA INTRODUCCION

Por F. de Guaita.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR F. P.

(Conclusion.—Véase el n.º 43).

MODO DE HACER ACOSTAR Á UN CABALLO.

Quando querais enseñar á un caballo alguna cosa, es necesario principiar por darle una idea, lo mas clara posible, de lo que le exigis, y trabajar con él hasta que lo comprenda perfectamente.

Para hacer acostar á un caballo, plegadle la mano y atádsela como os llevo dicho. Ponedle en seguida una sobre-cincha á la correa; ponle una correa en la ranilla de la mano atada; pasadle la cuerda por la sobre-cincha, de manera que se sostenga en la posición deseada; tomad el bocado con la mano izquierda, y tirad hacia adelante de la correa con la mano sin sacudimiento; y al mismo tiempo empujadlo con la espalda hasta que se mueva. En el momento en que cambie de posición, la correa que teneis tirante, le hará levantar su mano derecha y se arrodillará naturalmente. Entonces conservad la correa tirante, para que no pueda ponerse de pié; sujetadle en esta posición; y volvedle la cabeza hacia vuestro lado. Ejerced al mismo tiempo con la espalda una presión en su costado, no violenta, pero uniforme y continua, y al cabo de diez minutos se acostará: entonces estará completamente domado, y podréis manejarlo á vuestro gusto. Deshaced las ligaduras que le oprimen, dejadle enderezar las piernas, frotadle ligeramente la cabeza y el cuello, siempre á favor del pelo, y cuando haya estado acostado durante diez minutos, hacedle levantar. Despues de un momento de reposo, hacedle acostar de nuevo y repetid la operación tres ó cuatro veces, lo que será suficiente para una lección. Dadle dos lecciones por dia; y á las cuatro lecciones podréis hacerle acostar levantándole solo una mano.

Quando sepa obedecer de esta manera, tocadle con un látigo en la mano derecha mientras le sujetais la izquierda, y en pocos dias se acostará solo al ver el movimiento del látigo.

MEDIO DE ENSEÑAR Á UN CABALLO Á SEGUIROS.

Metedle en un picadero ancho donde no pueda escaparse y ponedle un freno. Empezad por acariciarle, despues cogedlo por el freno y volvedle hacia vuestro lado tocándole al mismo tiempo en el anca con un látigo bien largo; y conducidlo por todo el cercado acariciándole en el pescuezo y diciéndole con una voz cariñosa: Ven (aquí su nombre). Cada vez que volvais un recodo, dadle ligeramente con el látigo para hacerle que se aproxime y acariciadle. De este modo no tardará en seguirlos, para evitar los latigazos y recibir las caricias que le haceis; entonces podréis hacerle seguir sin necesidad del freno. Si se detiene y se vuelve hacia otro lado, dadle un buen latigazo en el anca, y en seguida volverá á vuestro lado. Durante algunas lecciones, necesitará para seguirlos que vea el movimiento del látigo, y despues de veinte ó treinta minutos os seguirá por todos lados.

Quando le hayais dado dos ó tres lecciones en el picadero, llevadle á un circuito mas pequeño, y continuad su educación, á fin de que os siga en la calle sin ningun obstáculo.

MEDIO DE ENSEÑAR A UN CABALLO A ESTARSE QUIETO SIN QUE LO TENGAN SUJETO.

Cuando vuestro caballo os siga voluntariamente, llevado en medio del picadero, acariciadlo principiando por la cabeza y concluyendo por el anca. — Si se mueve, dadle un buen latigazo y ponéle en el sitio donde estaba, y si, al contrario, se mantiene quieto, acariciadle continuamente hasta que podáis dar la vuelta á su alrededor sin que se mueva. Seguid dando vueltas en torno suyo cada vez mas de prisa, y procurad no tocarle sino rara vez. Agrandad vuestro círculo poco á poco, y si el caballo trata de moverse del sitio donde le habeis puesto, dadle un buen latigazo y ponéle en su lugar; y si, por el contrario, se mantiene tranquilo, acariciadle y despues empezad vuestros paseos.

No le dejéis mucho tiempo en esa posicion y hacédele que os siga de cuando en cuando por el picadero. Entonces colocadlo en otro sitio; y empezad la lección con no debe durar mas que media hora cada vez.

FIN.

CRÓNICA ESTRANJERA.

Continúan siendo varias y dudosas las versiones que sobre la mision de lord Cowley á Viena siguen dando los periódicos. Dicese que á las proposiciones presentadas por este diplomático ha contestado el gobierno austriaco con estas otras, á saber: que Francia, Rusia, Inglaterra y Prusia, reconozcan los derechos de Austria sobre las provincias Lombardo-venetas; que reconozcan igualmente la legitimidad de los derechos de los estados de segundo orden de la Italia; que las mencionadas grandes potencias garanticen estos derechos contra toda agresion, bien sea interna, bien esterna, y que el Austria se reservará el derecho de intervenir en los ducados Italianos, en tanto que un Congreso europeo adopta las resoluciones oportunas para que no haya necesidad de intervencion.

Sobre este propósito ha dicho últimamente el *Diario Aleman de Francfort*, que si bien se reuniría una conferencia europea con el objeto de resolver pacíficamente la cuestion italiana, algunas potencias desean que el punto donde se celebre, no sea Paris, sino mas bien Berlin y Londres.

El *Mercurio de Suavia* se ocupa, á su vez, de las concesiones que el gabinete de Viena se muestra dispuesto á hacer. Segun este periódico, son las siguientes: el Austria consiente en la evacuacion de los Estados pontificios, cuyos detalles de evacuacion serán dispuestos de mancomun, á escepcion de la fortaleza de Ferrara, y de otras plazas en que los tratados de Viena le dan el derecho de tener guarnicion. El Austria consiente en la revision de los tratados particulares concluidos con los ducados de Módena y de Toscana. En fin, la misma potencia consiente en emplear sus buenos oficios para aconsejar á estos estados la introduccion de reformas interiores, y apoyar los consejos de otras potencias dirigidos al mismo fin.

La *Nueva Gaceta de Hannover* ha anunciado por su parte, que está convenida una base de negociaciones entre Francia y Austria, y que al adherirse esta potencia á las proposiciones de lord Cowley, se muestra inclinada á revisar sus tratados con los estados italianos. La verdad es que nada se sabe hoy de cierto. Esto en cuanto á los sucesos austro-italianos. Se asegura que la Rusia apoyará los esfuerzos hechos hasta ahora por Prusia é Inglaterra.

Ocurrido un cambio ministerial en Lisboa, pudo el nuevo presidente del consejo, duque de Terceira, componer un gabinete en la forma siguiente: el mismo duque se queda con la cartera de Guerra y de Negocios extranjeros; Fontes, Interior; Casal-Riveiro, Hacienda; Silva Ferrao, Justicia; Serpa, Obras públicas, y Ferreri, Marina y Ultramar.

Las últimas correspondencias de Washington han

traido la importante noticia de que Slidell ha declarado en el Senado que renunciaba durante la presente legislatura, á su proposicion de un crédito para la compra de la isla de Cuba; pero que la renovará al empezar la próxima. Esto se considera como una gran derrota para el partido de Buchanan, y la opinion es muy contraria á que vuelva á suscitarse esta cuestion.

Un despacho telegráfico recibido recientemente y espedido en Londres, nos ha comunicado la noticia de haber anunciado lord John Russell en la Cámara de los Comunes, que, al leerse por segunda vez el *bill* de reforma, presentará una enmienda encaminada á dar mayor amplitud al derecho electoral que la propuesta en el proyecto del gobierno.

Durante la semana que acaba de trascurrir, se ha asegurado tambien que los Principados danubianos se preparan á resistir, si la sublime Puerta no aprueba el doble nombramiento del principe coronel Alejandro Couza. La embajada inglesa insiste en la necesidad de hacerles concesiones.

Se habla de una nueva conspiracion descubierta en Montenegro. Sin embargo, las correspondencias particulares que recibimos del extranjero, nada nos dicen de este suceso.

JANER.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

El dia 12 de marzo, S. M. la reina recibió en audiencia particular al nuevo enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados-Unidos, el honorable coronel Guillermo Paeston, que renovó á S. M. las seguridades del deseo que anima al presidente de la república de mantener la amistad entre los dos gobiernos.

«Al entablar mis relaciones oficiales con la corte de Madrid, dijo el Sr. Paeston, confio me será permitido asegurar á V. M. de la conviccion personal que tengo de que el deseo general del pueblo de los Estados-Unidos, es conservar la antigua y nunca interrumpida amistad que desde el principio de nuestra existencia nacional ha prevalecido siempre con España, y que durante mi permanencia en la corte de V. M., continuando la franca y sincera conducta observada hasta aqui, será mi constante empeño el evitar toda mala inteligencia y asegurar los intereses de mi pais, sin lastimar las amistosas relaciones que afortunadamente existen en el dia.»

—De real orden insertada en la *Gaceta* del dia 16, se ha dispuesto que todos los estudiantes que fuesen ya licenciados en jurisprudencia cuando se publicó la ley de 9 de setiembre de 1857, puedan hacerse licenciados de la seccion de derecho administrativo con un año de estudio.

El mismo dia sancionó S. M. la reina la ley por la que se aumenta el sueldo de los tenientes de navio del cuerpo general de la Armada, el de los ingenieros facultativos de la misma, y el de los capitanes de artilleria é infanteria de Marina, en 100 rs. al mes.

—Se ha celebrado la inauguracion, hasta Alcalá de Henares, de la línea que desde esta corte se dirige á Zaragoza.

—En la sesion del Congreso del dia 14 fué aprobado el proyecto de organizacion de las matriculas de mar y el presupuesto de Marina.

—Un despacho telegráfico del 17 dice que se han incendiado en Barcelona dos fábricas de tejidos. Este accidente ha sido imprevisto y casual. El fuego ha sido sofocado á poco tiempo de presentarse.

—Segun noticias recibidas de Tanger han sido puestos en libertad Alvarez y sus compañeros.

—El ayuntamiento de Granada ha decidido la formacion de un lago en las inmediaciones del paseo del Salon. Están encargados de su construccion los Sres. Calero y Navarro.

—Se sintió en Sevilla un terremoto. El movimiento fué estrepitoso, precedido de un ruido semejante al del viento. La duracion del terremoto fué instantánea sin que haya ocasionado desgracia alguna.

El general Dulce ha puesto en conocimiento de las Cortes que opta por el cargo de Senador.

—Dice la *Gaceta del notariado español*: «El ilustrado señor ministro de Fomento y el no menos ilustrado Sr. Moreno Lopez, director general de Instruccion pública, piensan proveer las cátedras de paleografía de la escuela superior del notariado en alumnos paleógrafos de la escuela de diplomática.»

—Para el 15 de abril quedará abierta á la esplotacion toda la línea férrea de Córdoba á Sevilla lo que acortará en una mitad el tiempo que hoy se emplea para ir desde Madrid á la capital de Andalucía.

—En la última sesion de la comision encargada de proponer los medios de llevar á cabo la catedral de Madrid, empezó á discutirse la cuestion importante de los recursos. Uno de los miembros propuso el aumento de un real en cada bula, y otros señores diversos medios. Este ligero debate dió por resultado nombrar una sub-comision de recursos, encargada de proponer en la próxima sesion los mas conducentes para realizar este gran pensamiento.

Los individuos en quienes recayó este nombramiento fueron los señores patriarca de las Indias, Santa Cruz, duque de Medinaceli y Caballero.

—Dice un periódico que el gobierno de S. M. ha aprobado ya el contrato para la construccion en Londres de ocho vapores destinados á las islas Filipinas, y entregado á los constructores el primer plazo de su importe, que asciende á 33,850 libras esterlinas.

—Está aprobado tambien el derribo del antiguo teatro de la Cruz para continuar la calle de Espoz y Mina hasta la plaza del Angel.

—S. A. R. el principe de Asturias ha padecido en estos dias una fiebre de curso irregular, dependiente del trabajo actual de la denticion y de la influencia catarral de la estacion. Sin embargo, todo hace esperar un próximo y completo restablecimiento.

JUAN DEL CORREO.

REVISTA DE TEATROS.

Fecunda en novedades dramáticas ha sido la semana que acaba de espirar. Comenzaremos, pues, por el teatro de Jovellanos, á fin de proceder por orden cronológico.

Hase estrenado en este coliseo la zarzuela en un acto, *Juan sin pena*, arreglada del vaudeville francés, que lleva por título *Roger Bontemp*. Su éxito ha sido poco afortunado, á pesar del esmero que en la version al castellano ha puesto el traductor; y no podia menos de suceder así, puesto que los tipos que en la pieza francesa son populares é históricos, tales como la Dubarry y Roger, han perdido toda su originalidad al convertirse en la zarzuela española: la primera, en una condesa cualquiera, y el segundo, en un personaje necio, pobre de espíritu y estúpido por añadidura. De este modo desaparece por completo el cuento de la fabula, y se convierte en un mal sainete, sin colorido y sin chistes.

En cuanto á la ejecucion, estuvo á la altura de la obra; y á pesar de todos los esfuerzos de los actores, y en especial de Caltañazor, no pudo salvarse de un completo fiasco.

El viernes se verificó en este coliseo el segundo concierto sacro, el cual estuvo mas brillante y animado que el anterior. En la primera parte hizose repetir entre entusiastas aplausos el motete á voces solas *Bone pastor*, composicion del maestro Eslava, y el cual fué ejecutado por setenta voces. Tambien se hizo repetir y se aplaudió mucho la fantasia de violoncelo con acompañamiento de piano, compuesta por Servais, y ejecutada por Mr. Laserre y D. Mariano Vazquez. La Sra. Roaldés fué objeto de una verdadera ovacion al ejecutar en el harpa el andante con variaciones, conocido con el nombre de *Tristesse*, y compuesto por Labarre. El publico, que habia

permanecido en un religioso silencio, rompió al final en estrepitosos aplausos, arrojando á la distinguida artista infinidad de ramos de flores, y una paloma ceñida con una cinta encarnada.

La segunda y tercera parte de este concierto se compuso del magnífico *Stabat Mater*, de Rossini, que fué tan aplaudido como lo había sido el viernes anterior, con la diferencia de que la señora Santa María substituyó á la Srta. Murillo, por indisposición de esta, en el duo con la Sra. Mora. Ambas artistas fueron en extremo aplaudidas. Los coros estuvieron tan acertados como de costumbre. Inútil es decir que el teatro se hallaba completamente lleno.

En el del Príncipe se ha estrenado la pieza nueva en un acto, llamada por su autor con el modesto título de tipo cómico, *El Solteron*, que tuvo un éxito en extremo lisonjero. El asunto de este juguete, aunque sencillo, está manejado con bastante habilidad y talento. Redúcese á demostrar los inconvenientes y peligros á que se ve espuesto á cada instante el hombre que ha llegado á los cincuenta años y permanece aun soltero, hasta que por último se ve obligado á buscar un refugio en el matrimonio. Este juguete, original del Sr. D. José Picon, está muy bien versificado, y abunda en chistes de buen género, que el público aplaudió con espontaneidad, llamando á su conclusión al autor, que tuvo el buen gusto de no salir á la escena. El desempeño fué muy bueno por parte de la Sra. Palma y de Fernando Ossorio.

Tócanos ahora hablar del justo y legítimo triunfo alcanzado por este actor en el drama estrenado últimamente en dicho teatro, y titulado *El Tío Martin, ó La Honradex*; triunfo que consignaremos con tanto mas gusto, cuanto que saben muy bien nuestros lectores que acostumbramos á ser muy parcos en materia de elogios. Este drama, traducido del que escribieron en francés MM. Cormon y Grangée, con el título de *Les Crochets du Père Martin*, está basado en un pensamiento eminentemente cristiano y moralizador: el amor al trabajo. Un anciano, perteneciente á la clase mas humilde de la sociedad, logra, á fuerza de sacrificios y de privaciones, conquistarse una posición desahogada, á fin de dar carrera á un hijo suyo; empero este, llevado de las malas compañías, en vez de corresponder á las esperanzas de su padre, se entrega á una vida de disipación y de escándalo, y contrae numerosas deudas, que dan por resultado la ruina total de la familia. El pobre anciano, á pesar de sus años, vuelve á emprender entonces la penosa tarea de su juventud, dando con esto ejemplo á su hijo para que borre por medio del trabajo sus culpas y extravíos, y llegue á ser en fin un hombre honrado. Este es en muy breves palabras el argumento de la obra; en cuanto á los medios de que para desarrollarla se ha valido el autor, no pueden ser mas naturales, y responden cumplidamente á todas las exigencias del arte.

Respecto á su desempeño por parte de Fernando Ossorio, encargado del papel del protagonista, ¿qué podremos decir en elogio suyo que no haya dicho ya toda la prensa? Fernando Ossorio, con su perseverancia, su fé en el arte, su constante estudio, y sobre todo con su genio creador, es el astro radiante que se levanta hoy amenazando eclipsar el ya bastante opaco de algunas de nuestras gastadas eminencias. Fernando Ossorio, en el papel del tío Martin, ha alcanzado un triunfo que ninguno de nuestros primeros actores puede disputarle. En efecto, ¿qué riqueza de detalles, qué propiedad en la expresión, qué admirable estudio en las maneras, qué conciencia, en fin, en los mas leves pormenores! Repetimos que ha sido una verdadera creación, y nosotros tenemos un singular placer en consignarlo aquí, para que sirva de estímulo á su laboriosidad y talento. Los demás actores estuvieron acertados, interpretando dignamente sus respectivos papeles.

En el Circo se ha puesto en escena la comedia en tres actos *Perder ganando*, traducida de la que escribió en francés el célebre Scribe, con el título de *Batalla de damas*. La Matilde Diez desempeñó su papel con bastante acierto, secundándola dignamente la Srta. Hijosa, y las Sres. Ro-

mea, hermanos, y el Sr. Tamayo. El juguete estrenado hace poco en este teatro con el título de *Un retrato á quema-ropa*, no pasa de ser un sainete, que hizo sin embargo reír.

El teatro Francés continúa muy concurrido, habiéndose puesto en escena últimamente la pieza en un acto *L'article 203*, la comedia en dos actos *Une jeunesse orangeuse*, el vaudeville titulado *Une tempête dans un verre d'eau*, y la lindísima comedia de costumbres *Par droit de conquete*: en todos ellos han sido muy aplaudidos en sus papeles respectivos, MHe. Montaland, Mme. Anais Rey, y MM. Montaland y Esteve.

NUMA.

BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

Catalogus librorum Doctoris D. Joach. Gomez de la Cortina, March. de Morante, qui in œdibus suis extant. Tomus II. Matriti. Apud E. Aguado, MDCCCLV.

No desmerece, antes aventaja el segundo tomo de la obra-catalogo del Sr. Morante, respecto del primero (1). A mas de aclaraciones y comentarios, á las veces mas extensos que los del primer volumen, nos anuncia el autor la publicacion sucesiva de las biografías de Lipsio, Scabgero, Casaubon y el Brocense, lumbreras literarias del siglo xvi, y empieza á revelarse como concienzudo escritor con la de Justo Lipsio, extractada, segun él propio dice: «De sus obras y de los mejores autores que han escrito acerca de personas tan eminentes en la republica de las letras;» y añade: «Hé aquí la de Justo Lipsio, que, aunque no nació en España, fué súbdito español, por haber nacido en sus dominios.»

Esta noble tarea, en que se paga al genio su merecido tributo, es una natural produccion de quien, como el Sr. Morante, posee cumplida biblioteca en donde poder hallar mas que suficientes datos para el desempeño de tal propósito. Sin embargo, la misma abundancia de materiales obsta comunmente á los autores, y empee á la facilidad de su pluma, sobre todo tratándose de biografías de personajes famosos *ex post facto*, en vista de sus obras, pero ya de cierta antigüedad, y los pormenores de cuya vida van en muy diversas y contradictorias lenguas expuestos. En tanto es mas laudable en la presente biografía, se haga lugar, á través de las dificultades inherentes á la empresa, un sostenido aplomo en el método expositivo é histórico de la vida de Lipsio, dominada con un criterio atento y razonado, adornada con un lenguaje mesurado y puro, y de una promediada y conveniente extension de 105 páginas, lectura abundante y sostenida, en que nada huelga, antes se tienen á la vista los puntos de mas interés en un trabajo del género, como lo son las relaciones del personaje con sus contemporáneos Erasmo, Melanchthon y J. Camerario. Por último, ya que no podamos ser mas explicitos, terminaremos esta breve insinuacion, repitiendo la generosa exclamacion con que el ilustrado marqués termina esta primera biografía. «¡Y sin embargo, mientras en la plaza Mayor de Rotterdam se alza con orgullo la estatua de Erasmo, la plaza Mayor de Lovaina aguarda todavía una estatua de Lipsio!»

Precede á este volumen una humorística carta de D. Alejandro Mendiburu al autor, que contiene, entre otras cosas, una á manera de estadística de lo contenido en los dos volúmenes primeros del *Catalogus*, y de la cual reproducimos los resultados en guarismos por la curiosidad que envuelven.

Artículos que comprende este 2.º	
volumen	2,096
Número de volúmenes que representa	3,580
Costo de todos en comun	175,564 rs.
Id. medio de cada artículo	83 id.
Id. medio de cada volumen	49 id.

(1) Véase el núm. 43 de la presente publicacion on.

Resúmen de artículos de los dos tomos	4,520
Id. de volúmenes	8,379
Id. costo de los descritos hasta aquí	414,014 rs.

Hemos dicho en el número anterior, que el presente catálogo exhibe una riqueza notable, mayormente en el ramo de la latinidad; pero no la presenta escasa bajo ningun título en el de la bibliografía. Solo los catálogos ascienden al número de unas 87 obras, que componen 265 volúmenes; muchos de los cuales abrazan diferentes catálogos, encuadrados en un cuerpo, y versan en lo general sobre muy variadas materias. Cuanto á la copia de libros de latinidad, bastante prueba es que, solo en ediciones de Cátulo, contiene la coleccion 29, y de Ciceron 110, representadas por unos 333 volúmenes, aparte de los que integran colecciones completas de autores clásicos latinos.

Entre las curiosidades del primer tomo, figuran singularmente: la Coleccion de Republicas, que consta de 54 volúmenes, ediciones la mayor parte Elzevirianas; la Coleccion completa de clásicos latinos y griegos de Tauchnitz (en Leipsick), y con 205 volúmenes en 12.º; la de clásicos franceses (de Didot), y son 22 volúmenes, del valor de 3261 rs. vn. y otras muchas de no menor valia.

Realzan, sobre todo, el segundo tomo las 226 ediciones de Horacio, é historiografos del mismo, á gran precio adquiridas las mas, y que revelan la preferencia que el autor concede á este poeta sobre todos los demás latinos, y acerca de lo cual en otra oportunidad nos atreveremos á decir cuatro palabras.

Este segundo volumen alcanza al núm. 4510, y abraza las letras desde F á LL inclusives.

FRANCISCO GAYOSO.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Les Fiancés de Spitzberg, par M. X. MARNIER. Un vol. in-18 jésus; L. Rachette.

Este libro es á la par novela y narracion de viaje. Desde luego se advierte en ella un espíritu familiarizado desde muy atrás con la literatura y pueblos del Norte. Los caracteres se coordinan con las escenas de costumbres, los episodios llevan un sello de verdad bastante escaso en las relaciones novelescas, destinadas á reproducir la vida marítima. Las regiones polares sirven de teatro principal á un drama, algunas de cuyas escenas incitan recuerdos.

Los Prometidos del Spitzberg asocian el encanto de una grata ficcion, al interés de un estudio exacto sobre las toscas poblaciones de la Europa septentrional.

Histoire de la premiere Croisade, par Mr. PEYRÉ. 2 vol. in-8º; Durand.

Aunque se ha escrito mucho acerca de las Cruzadas, puede decirse, sin embargo, con verdad que aquel gran episodio de nuestros anales, muy poco conocido todavía en sus pormenores, se halla imperfectamente apreciado y muy frecuentemente falseado. Hasta el presente solo ha dado lugar á trabajos, mas bien declamatorios que meramente históricos. La parte que en ellos ha cabido á las masas del pueblo, sus relaciones con los jefes que las guiaron para libertar el Santo-Sépulcro, su actitud en los campos, y, una vez establecidas en colonias permanentes, el régimen político y administrativo á que se hallaban sometidas, todo esto se halla olvidado, ó solo ocupa un corto espacio en las páginas de los escritores modernos. El libro de Michaud, notable por la elegancia del estilo, por el carácter dramático y persuasivo de la narracion, descubre una falta de estudio é inteligencia de los documentos originales. Un antiguo magistrado, Mr. Peyré, que ha acreditado ya su nombre con varias publicaciones, se ha propuesto darnos una cuenta mas minuciosa de esta primera expedicion. Sin apartarse sustancialmente de Michaud, y adoptando



Cuarta posición.



Quinta posición.

la mayor parte de sus apreciaciones, completa su contenido, rectificándolo en varios particulares. De sentir es que Mr. Peyré haya desdenado valerse de los recursos, que ofrecen los monumentos de la oriental literatura, dados á luz, de años á esta parte, y que son uno de los

elementos indispensables de la historia de los establecimientos, fundados en el Oriente por los latinos. Su estilo es sencillo y claro, pero hállase á las veces atestado de neologismos y giros, que podría rechazar la gramática. En un trabajo tan útil como el suyo, parecerían estas faltas menos

sensibles, si fuera dable olvidar el talento de estilo, que ha popularizado la obra de su antecesor.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Baillière,
— editor responsable y propietario. —

SUMARIO. Los Amores mortales, por Adrien Robert, pág. 209.—Los Tramperos del Arkansas, por Gustave Aimard, pág. 216.—Viaje á Alemania, pág. 218.—Sección religiosa, pág. 220.—Arte de domar los caballos, por J. S. Rarey, pag. 224.—Crónica extranjera, pág. 222.—Crónica española, pág. 223.—Revista de teatros, pág. 222.—Bibliografía española, pág. 223.—Bibliografía extranjera, pág. 223.

Advertencia importante.—La Administración de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la repartición de los números en Madrid y su remisión á las Provincias se haga con la mayor puntualidad: así es que toda reclamación que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la repartición del número, y en Provincias á los ocho días de su publicación, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

Otra.—Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproducción en todo ó en parte.